

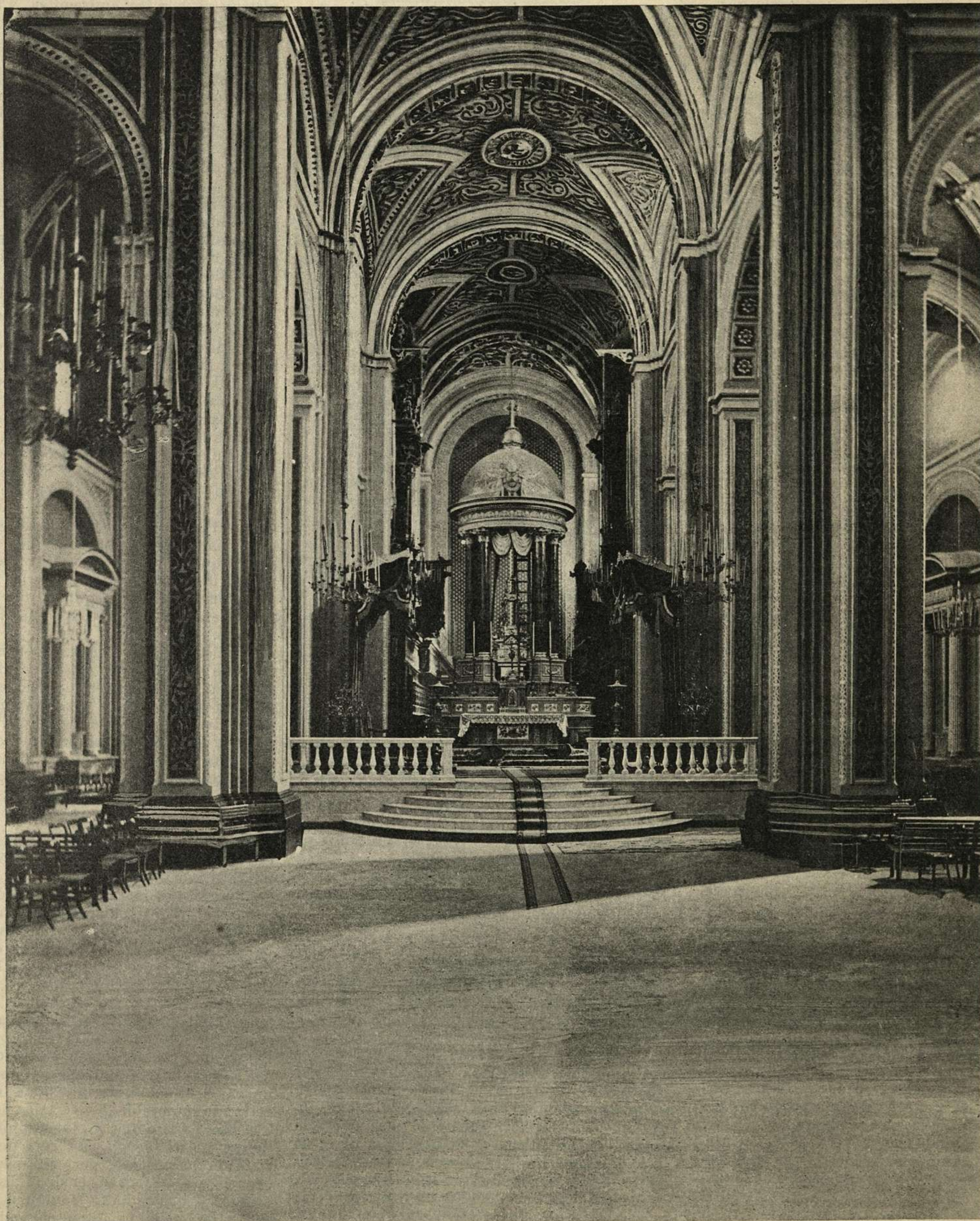
EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, OCTUBRE 23 DE 1898

NUMERO 17

INTERIOR DE LA CATEDRAL DE MORELIA.



EL ALTAR MAYOR.

(Fotografía de la Escuela Porfirio Díaz, de Morelia, para "El Mundo".)

LA SEMANA

La consagración de la Catedral de Morelia que ha dado ocasión á una temporada de fiestas religiosas y populares en la antigua Valladolid, atrae la atención de la inmensa mayoría católica del país y un gran concurso de fieles.

Morelia es una vieja ciudad de abolengo en nuestra historia. Nació en el siglo XVI, en plena época de la efervescencia política y social que sacudió las incipientes nacionalidades del antiguo continente, arrastradas en contrarios movimientos de adelanto ó retroceso, por la Reforma luterana y por el gran Emperador, por las intrigas de los Guise y por la difusión de la cultura helénica.

El escudo de armas concedido por Carlos V á la nueva ciudad, vino á engastarse en la heráldica colonial para presidir esa larga vida inerte de la época,—la vida de las ciudades españolas de América. Hidalgo vino á dar á Valladolid el atractivo legendario. Entre los muros de su colegio encuentra el patriotismo simientes de libertad, recogidas y fructificadas por el espíritu de Morelos, y la iniciación de dos heroes en un martirologio de ideas continuado después con el sacrificio por la humanidad.

Los siglos del virreinato no fueron de actividad ni aún para las empresas de la fe. Hoy que la Iglesia Mexicana, camina á su albedrío, sin el amparo de la mano secular, la piedad popular edifica y consagra en un día templos suntuosos—obras que pedían siglos para su consumación en aquellos tiempos. La Catedral de Morelia comenzó su fábrica en 1640 y hasta 1744 quedó concluida, acumulando bajo sus bóvedas riquezas de ornamentación, aun hoy maravillosas, custodias, vasos y paramentos, órganos y obras de cincelado que hacen de aquella basílica un joyel de tesoros artísticos.

El Sr. Arzobispo Arciga ideó las reformas cuya consagración celebra con grandes solemnidades el clero de México y con regocijos y fiestas el pueblo de la capital michoacana.

Las peregrinaciones religiosas están de moda y se hacen también á la moda del día. En Pullman vienen á México los devotos de la Guadalupeana y en Pullman van los fieles que concurren á las solemnidades de Morelia, presididas por Monseñor Averardi.

Todo cambia, y si el nuevo cruzado protestante, Guillermo II, en su viaje á los Santos Lugares, visita al enemigo de Cristo, responsable de trescientas mil vidas de cristianos sacrificados al fanatismo mahometano,—á su vez, otros peregrinos, menos dispuestos acaso que el César alemán á mirar con ojos benévolos á Abdul-Hamid, pretenden ¡oh piedad de las chusmas de Pedro el Ermitaño! abrir en Jerusalem un bazar que exhibirá productos y artefactos mexicanos.

El mercantilismo invade las rutas del desierto, holladas por los mártires y los paladines de la fe.

La gloria póstuma tiene á veces detestables contra partidas, que consuelan á los ignotos de su *no ser* en el cielo de la inmortalidad.

La muerte que absuelve de las grandes faltas humanas y da esplendores sin mancha á un renombrado de sabio, de heroe ó de poeta, hace en cambio más chocante la popularidad bufa que nímfa con discos de oropel la frente de un elegido.

Dos de nuestros más eximios líricos, Prieto y Acuña, pasan noche á noche el suplicio de una resurrección irrespetuosa en las tablas de cierto teatro que para decorar los cuadros de una zarzuela, les decreta apoteosis de relumbrón con cabriolas de bailarinas y música alegre.

Quietos están en su tumba, serenos en su gloria, para que exhumen su recuerdo que trasciende á ideales purísimos, y no está bien esa exhumación irreverente.

Ya ha empezado por ahí el estribillo de las moralejas habituales á propósito del siniestro percance acaecido al Ecijano en la plaza de toros de Guadalajara.

La piedad ante un infortunio semejante, borra de nuestros cuadros sociales la figura del torero insolente, reñidor y vagabundo que castiga con su impertinencia la tranquilidad de la vía pública moderna, pavimentada de asfalto. No, decimos

ahora, el torero es uno de tantos infelices inmoladas por la ignorancia y la complicidad del medio social propicio á irrefrenables barbaries que no han menester sino mucho atraso industrial, mucho analfabetismo y mucha miseria para hacer posible el tipo del gladiador en nuestros días.

Ni los pueblos vigorosamente conducidos por hábitos seculares de trabajo, dejan deser justiciables por este enloquecimiento de la multitud ante los prodigios de la animalidad victoriosa; pero es el lote que nos ha tocado á los hijos de España, el menos envidiable,—presenciar en las arenas ensangrentadas carnicerías que justificamos en nombre de la gracia pintoresca.

Mientras en Europa se quejan aún las gentes de una canícula extremosa, sin igual en los años anteriores, el viento que desnuda aquí los árboles de su follaje, nos hace sentir fríos invernales á los que no nos tiene habituados nuestro clima.

Y esto que no preocuparía tanto en otras épocas, sirve hoy á los señores sabios para traer y llevar observaciones y estudios comparativos sobre la influencia probable de las manchas solares en los cambios atmosféricos de la tierra.

El astro central ha tenido en este año de gracia, máculas como nunca se le habían echado de ver tantas ni tan considerables. Y aquí encaja como de molde la hipótesis de Flammarion.

Para este gran astrónomo y soñador, las manchas solares son manifestaciones eruptivas de una agitación interior intensísima y por lo mismo la irradiación de calórico es mayor cuando esas manchas aparecen.

Por comprabada que pretendan la teoría su autor y partidarios, nada tiene que ver con nuestro próximo invierno, cuyas causas locales han prometido demanda de alcohol y acaso excepcionales tareas á la justicia del orden criminal.

El suicidio del joven teniente Delbouis rompe la banalidad de este género de acontecimientos, por frecuentes ya poco ó nada comentados, y cuyas causas ocultas caben de ordinario en algunas formas típicas de extravío, locura, amor, celos, etc.

El pundonor y especialmente el honor corporativo de la clase á que pertenece un hombre, hacen atribuir al suicida que con propia mano se castiga por haber ofendido su dignidad y la de un grupo, cierta frialdad en la determinación, que es la mejor exculpante de la falta, pues indica un supremo respeto á la moralidad vulnerada en momentos de perturbación.

El joven militar que se ha suicidado llegó ebrio la noche del miércoles á un teatro de zarzuela. En su estado de excitación lo olvidó todo y arrojó al escenario su *kepis*, á los piés de una tiple que bailaba la «Serpentina.»

El loco arrebatado del oficial fué público é imposible hubiera sido disimular. La ordenanza, severa, iba á cojerlo con sus tenazas, á discutir su conducta, á condenarlo sin remedio.

El pundonor, hondamente lastimado, fué más inflexible aún que la ordenanza y como heroica reparación entregó al ejército un cadáver.

Nos ha visitado una viajera original. La Sra. Schumann recorrerá el mundo sin mas recursos que una voluntad enérgica, una suma considerable de extravagancias, una navaja de afeitar y unas tijeras.

Los diarios de los Estados Unidos son únicos en el mundo para descubrir anomalías y alentar aventuras extrafalarías. No les basta lo raro ó lo monstruoso eventual para regalo de mentes divagadas: crean el acontecimiento para narrarlo después. El periodismo contemporáneo no es un espectador, que registra sucesos, es un prestidigitador. Es el déspota de la imaginación popular.

Es el que declaró á este Figaro con faldas que nos visita *la primer peluquera del mundo*, dándole medios para que vaya á todas partes, hable con todos los personajes célebres y llene una sección reporteril *sui generis*, cuya primera nota estará destinada á nuestro país.

DICK.

Política General.

RESUMEN.—Efervescencia en Francia por el proceso Dreyfus. — Revisionistas y anti-revisionistas. — Amigos y enemigos de las instituciones — La cuestión de justicia convertida en cuestión política — La gran huelga de París. — Entereza y serenidad del ministro Brisson. — Conspiración monárquica. — Bonaparte ó Orleans. — Otra vez salvada la República — La cuestión de Fachoda. — Las aspiraciones de Francia y las reclamaciones de Inglaterra. — El comandante Marchand y el General Kitchener — Conspiración anarquista contra el emperador Guillermo. — Los enemigos del orden social. — Conclusion.

Creciendo sin cesar en el pueblo francés la excitación producida por el asunto Dreyfus, divídese ahora los franceses en dos bandos limitados casi perfectamente: de un lado están los revisionistas con los antisemitas á la cabeza, los militares de alta graduación y los que se posturan en contemplación de las tradiciones católicas de Francia; del otro están los radicales, los que pretenden que por encima del gobierno civil no se constituya ningún otro poder, aunque pretenda envolverse con el manto de la gloria y los resplandores históricos del ejército francés.

Una vez decidido por el gabinete Brisson que es preciso proceder á la revisión del proceso, sin que esto prejuzgue de ninguna manera la persistencia de la culpabilidad de Dreyfus ó la posibilidad de su absolución en un nuevo juicio, los ánimos se exaltan. las masas se agitan, la prensa siembra el escándalo por todas partes, y en medio de esta balumba de opiniones opuestas que chocan, de acusaciones múltiples, de responsabilidades mutuas que se lanzan, la suerte del infeliz desterrado en la Isla del Diablo queda colocada como en segundo término, y sólo se sienten las fermentaciones de la opinión pública dividida en opuestos bandos y lanzada á terribles colisiones.

Pocos recuerdan ya el triste fin del teniente coronel Henry que en la soledad de su prisión puso fin á sus días, tal vez para evitarse la vergüenza de aparecer ante el tribunal militar, convencido de falsario, por más que haya habido quienes aseguren que tan tremenda determinación le fué sugerida por sus jefes gerárquicos.

Se han olvidado también del teniente coronel Picquart que en los calabozos de la prisión militar de Cherche Midí, sufre las persecuciones del general Zurlinden, gobernador militar de París, á pesar de órdenes expresas de todo el ministerio.

La misma figura dantesca del infeliz ex-Capitán, que en su horrible prisión ve pasar las tediosas horas de su destierro en noches sin aurora y días sin luz, se esfuma y se desvanece en las lejanías del horizonte, perdiendo así sus contornos vivos, y dejando de ser para sus conciudadanos emblema de la justicia popular, ó símbolo de eterna execración.

**

Desatadas las pasiones políticas, agitada de ese modo la cuestión, se sienten crujir ambiciones desconocidas, se percibe el choque de intereses opuestos, y mal que pese á todos los que tenemos fe en la República, se ve que en el fondo de esta agitación hay algo que trabaja en contra de las instituciones establecidas, en la hermosa nación que lleva el estandarte de lo que pudiera llamarse la civilización latina.

Se han mezclado de tal manera en este asunto los sentimientos patrióticos, los fanatismos guerreros, la adoración y el culto por la tradición militar de Francia, se han mezclado de tal modo con aspiraciones personalistas, y se han cubierto unos con el manto de la justicia inexorable, declarando intangible la determinación del tribunal que juzgó á Dreyfus, y pidiendo otros en nombre de esa misma justicia en forma de clemencia, la revisión del proceso, por irregularidades en su secuela, por hechos supervinientes después de la sentencia, que se ha formado una atmósfera, en medio de la cual es difícil encontrar el hilo misterioso de Ariadna que guíe á través de tan intrincado laberinto.

Un periódico inglés declara formalmente que el mayor conde de Esterhazy, en una entrevista tenida para más seguridad ante testigos, ha echado sobre sí gran parte de la culpa que pesa sobre Deyfus, se ha llamado autor de la famosa minuta ó *bordereau*, documento de convicción en contra del capitán acusado de traidor. Poco des-

pués recíberse en París mensajes de Esterhazy, tachando de falsas y calumniosas las imputaciones del periódico de Londres.

Los mismos periódicos alemanes, alguno de ellos con carácter oficioso, han hablado de las relaciones existentes entre el mayor Esterhazy y el agregado militar de la embajada alemana. Los más activos del partido anti revisionista, declaran haber suministrado fondos al militar acusado por el *Observer*; y en medio de tan opuestas y contrarias declaraciones, imposible es decidir si la nueva acusación está fundada en la verdad ó es un ardid solamente para la rehabilitación de Dreyfus.

* *

Como si no fuera bastante á mantener la tensión de los espíritus ya caldeados al rojo por la agitación revisionista y anti-revisionista, estalla en París una huelga de obreros, que, aislada en un principio, crece y se agita como impetuoso torrente amenazando comunicarse á diversos gremios, suspender el tráfico en los ferrocarriles, detener la construcción en todas las obras del Estado, principalmente en las que se disponen para el gran certamen de 1900, y propagarse, como incendio entre los bosques, á las principales ciudades industriales y manufactureras de Francia.

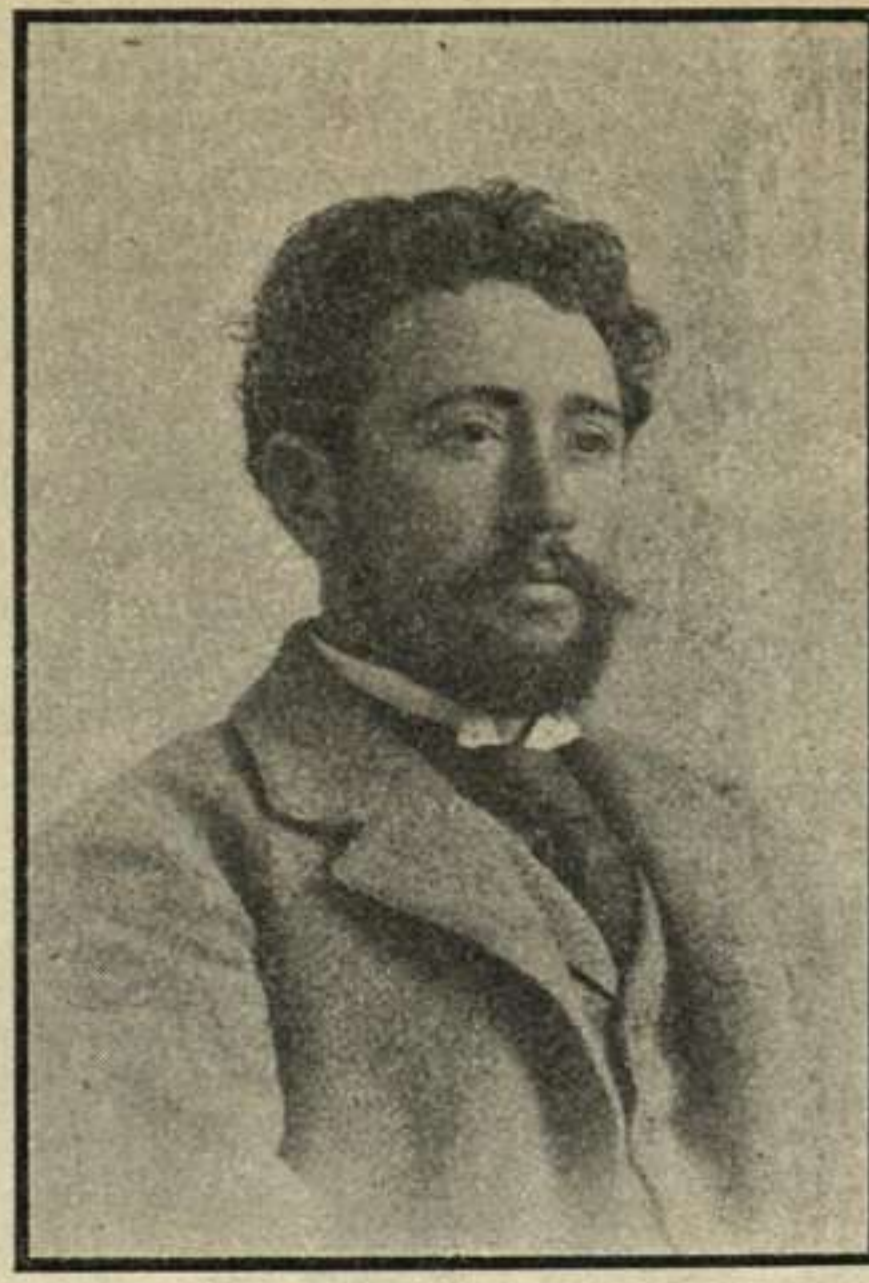
La huelga que en su comienzo tenía carácter pacífico, se entrega á violencias, arrastra por la fuerza á los obreros, multiplica sus adeptos por medios coercitivos, amenaza seriamente la tranquilidad pública de la gran metrópoli, y hay que recurrir á más de las fuerzas de policía, á la fuerza militar. Acuden de los departamentos vecinos millares de soldados á reforzar la guarnición de París, y en medio de la agitación tremenda de los espíritus, he aquí que quedan frente á frente el pueblo y el ejército. Es inminente el riesgo de un formidable choque. Corren entre las filas de los huelgistas agitadores que aconsejan insensateces, en tanto que circulan entre los soldados algunos folletos incendiarios.

¿Qué habría sido de la ciudad, si hubiera faltado en tan tremendos instantes la serenidad en las esferas gubernamentales? ¿Qué explosión más tremenda habríamos presenciado, si el reposo, la tranquilidad y la correcta actitud del gobierno, no hubieran logrado aplacar poco á poco la agitación obrera, calmar los ánimos, dirimir las contiendas y obsequiar en el orden legal las aspiraciones populares? Afortunadamente para la estabilidad de la República, Brisson encontró en sus compañeros de gabinete las supremas energías que se necesitaban para conjurar la crisis, y logró evitarse el choque temido entre el pueblo y el ejército, que acaso hubiera sido el toque de arrebato para una gran revolución.

* *

No bien se serenaban los horizontes y comenzaba la calma á aquietar la exaltación de las masas populares, cuando de entre las filas de la prensa á quien se acusa de estar vendida al sindicato judío, fundado para la rehabilitación de Dreyfus, brota la noticia de que existe un gran complot para derribar al gobierno y acaso también para minar y socavar las instituciones republicanas. Dícese que en la conspiración estaban comprometidas altas personalidades del ejército; se llega á aventurar que el mismo Gral. Zurlinden, ex-ministro de la guerra y gobernador militar de París, era el señalado jefe del movimiento, uniéndosele el que fué jefe del Estado Mayor del ejército, Gral. Boisdeffre, obligado á dimitir su alto empleo después del suicidio del coronel Henry, y el Gral. Pellieux que tan activa parte ha tomado como acusador en el famoso proceso Dreyfus.

Otra vez el gobierno de París ha dado pruebas palpitantes de su alta serenidad, al proceder fríamente para sofocar la llamada conspiración. Aunque ha oído pronunciar con insistencia los nombres de los príncipes Bonaparte, aunque ha sabido la llegada del príncipe de Orleans á Bruselas, tal vez después de haber tocado la frontera francesa, no ha perdido ni un momento la calma necesaria en momentos tan críticos, ni siquiera ha procedido á estas horas contra los generales acusados de infidencia; y si bien es cierto que se ha anunciado su destitución, hasta estos momentos no ha habido acuerdo decidido en este punto y acaso si la conspiración ha existido, le ha bastado tener en sus manos los hilos de la tenebrosa trama, para ahogarla en su cuna, para sofocarla an-



Sr. Don Claudio Molina,
Artista Director de las obras de la Catedral de Morelia.

tes de estallar, salvando así una vez más las instituciones republicanas.

Es curioso hacer observar que sólo en tiempo en que gobiernan los partidos extremos ocurren estos incidentes en París. La agitación del Gral. Boulanger, ligada con la reacción orleanista, lo mismo que la conspiración recientemente descubierta, han acaecido cuando un gabinete radical se hallaba en el poder.



Catedral de Morelia.

Podrá haber en la presente crisis labores secretas de los imperialistas ó de los partidarios del Príncipe de Orleans; es posible que los amantes de la reacción monárquica, pretendan aprovechar la agitación actual que ha ocasionado en el pueblo francés el asunto Dreyfus, para restaurar el trono de Francia; pero una vez descubierta la intriga, una vez que el golpe ha resultado en falso, la República sale triunfante de en medio de esta contra-revolución abortada, y hay que dar de corazón la enhorabuena al ministerio Brisson y al presidente Faure, por la entereza que han desplegado en el momento actual, porque sin dar crédito á amenazas, sin intimidarse por nada, han seguido las inspiraciones de su conciencia en nombre de la justicia.

* *

Y como si estas convulsiones interiores no fueran bastantes á sacudir el espíritu público de Francia, tan fácil de ser arrebatado por tradición y por atavismo, la cuestión de Fashoda se recrudece, provoca nuevas exaltaciones y, según el tono que adopta la prensa británica y francesa, está á punto de provocar un rompimiento.

Un grupo de exploradores extenuados por la fatiga, debilitados por largas excursiones á través de selvas vírgenes, de torrentes impetuosos, de pantanos; traidores y de tribus salvajes, llega desde el Senegal hasta las tierras del Sudán egipcio, que acaba de conquistar para el Khedive la espada vencedora del gral. Kitchener. Llega

á la ciudad de Fashoda, en las riberas del sagrado Nilo. Encuentra á la población desguarnecida, y aunque no tiene fuerzas suficientes para resistir ni á los dervises que pueden volver, ni á las tropas anglo-egipcias que se adelantan á marchas forzadas, para tomar posesión del territorio conquistado después de la batalla de Ondurmán, el valeroso comandante francés, el atrevido Marchand enarbola la bandera de la República y permanece en pie y sereno, esperando los acontecimientos y declarando haber asentado la planta en tierra conquistada, en nombre de su nación. El gabinete inglés pide á todo trance la retirada de Marchand, ó por lo menos la desautorización de sus actos, para no verse obligado á rechazarlo por medio de la fuerza.

Cámbianse notas reposadas y que no salen del tono severo de la diplomacia entre Londres y París, y la cuestión se sujeta á discusión entre los gabinetes. ¿Pero qué es lo que se discute? — clama la prensa inglesa. — Mientras permanezca Marchand entre los muros de Fashoda, no cabe discusión posible, y cuando se retire, nada habrá sujeto á discusión. Defenderemos nuestro derecho por la fuerza de las armas, — grita la prensa francesa: — Marchand ha entrado á terrenos inexplorados. Fashoda no estaba en poder de las tropas anglo-egipcias cuando nuestro explorador tomó posesión de ella en nombre de la República. Si hay que abandonar la plaza y el territorio conquistado para evitar un rompimiento, preciso es que encontremos una compensación por parte de Inglaterra; que se limite por medio de tratados, la esfera de acción de las respectivas potencias.

Y en tales circunstancias, se espera con ansia la llegada del informe oficial del audaz explorador, para saber hasta dónde son fundadas las aspiraciones de los franceses, que en su arrebato patriótico, han aconsejado ya al Ayuntamiento de París del nombre de la ciudad sudanesa á una de las calles de la gran metrópoli.

También en esta ocasión el gobierno radical que rige ahora los destinos de Francia ha dado altas pruebas de moderación y de mesura, no dejándose guiar ni de las explosiones patrióticas de la prensa nacional, ni alterándose tampoco por las exaltaciones de los periódicos ingleses.

* *

Bien pensaban los soberanos europeos en comenzar á la brevedad posible una cruzada contra los anarquistas, batiéndolos en brecha en todos sus antros, persiguiéndolos en sus oscuras cavernas y desterrándolos de todos los centros civilizados.

Apenas salió rumbo á Palestina el emperador Guillermo, cuando, por oficiosidades dignas de alabanza del cónsul italiano en Alejandría, se descubrió una conspiración anarquista, encaminada á asesinar de modo execrable al emperador Guillermo II durante su viaje por Egipto. Sabiendo que el monarca teutón, antes de dirigirse á los Santos Lugares, pensaba atravesar la tierra de los Faraones, llena de recuerdos históricos que tan elocuentemente habían de hablar á sus aficiones románticas y medioevales, preparábase los aborrecidos hijos de Ravachol y de Caserio Santo, á atacarlo con bombas explosivas en una plaza de Alejandría ó en una calle estrecha del Cairo. Sabedores de que el itinerario imperial se había cambiado, disponíanse ya á trasladar sus instrumentos de muerte á las costas del Asia Menor ó á las llanuras de Siria, para atacar al emperador si era posible al pie de las murallas de Jericó ó en las calles sagradas de Jerusalem.

Afortunadamente para la gran Germania, la tenebrosa conspiración ha abortado, y sus principales actores se hallan presos, aunque algunos de los criminales mandados por la vía de Suez á Palestina, no han caído todavía en poder de la justicia. Pero han de caer: sus filiaciones y retratos han sido enviados á todos los consulados extranjeros de Egipto y de Turquía Asiática, y es difícil que puedan librarse de las activas pesquisas emprendidas por la policía internacional.

Este atentado, que para gloria de la civilización, no ha podido llevarse á cabo, sólo servirá para que se redoblen los esfuerzos contra el anarquismo, y para que la gran cruzada contra los enemigos de la sociedad que ha convocado Italia, se lleve á puro y debido efecto. La civilización así lo exige, la justicia lo reclama.

X. X. X.

Octubre 20 de 1898.

pieles de marta y gris. Esta clerecía y los niños del coro y los órganos, lo acompañaban en sus expediciones; no se cansaba de oír música ni se saciaba de cantos infantiles; una ocasión que oyó en una iglesia de Poitiers, la voz de un niño, á quien llamaban el *rui-señor* le contrató para su capilla, meditante la cesión formal de una de sus tierras. Inútil es ponderar el esplendor de los paramentos sacerdotales; el oro prodigado en casullas, custodias, cálices, candelabros, atriles, vinajeras, escandalizaba á los que llegaban á verlos. ¡Cuánta piedad la de este siniestro *dilettante*! Era eso, un *dilettante*, como Nerón y en el sentido que hoy damos á las palabras, un maniaco de sensaciones extraordinarias; un degenerado.

Leía, leía á Suetonio; mala siembra, pésima en un campo abonado por los instintos apenas reprimidos de la vanidad, de la impureza, de la impureza absoluta, de la que lleva aparejada el deseo insaciable de sangre y el delirio homicida; los Tiberios, Calígulas y Nerones aparecen en ese libro como divinidades del crimen y del mal, como hombres capaces de aprovechar su omnipotencia para convertir todas las energías del mundo postrado ante ellos á un solo fin: proporcionarles una sensación capaz de extraer y agotar en sus naturalezas infinitamente sensuales, toda su animalidad en un instante de deleite y horror.

La verdad es que el barón de Rais tenía la pasión de los libros; los suyos eran exquisitos de forma y raros de fondo; en aquellos tiempos en que la exigua biblioteca del rey Carlos V, era en Francia objeto de admiración, y de pasmo, un siglo después, en toda la cristiandad, la de Matías Corvino, que hoy apenas formaría un lote de la Biblioteca Nacional de París ó de la del Museo Británico, la librería del señor bretón era de primer orden: riquísimas las hojas de pergamino en que él mismo nimbaba las mayúsculas rutilantes y tersas y bruñidas las pieles de las pastas que se complacía en esmaltar con primor. Porque este hombre tenía todas las curiosidades; él sí habría querido poseer la llave-hada del cuento de Perrault para abrir todos los misterios y penetrar en todos los secretos; era un Fausto que habría dado miedo á Mefistófeles.

**

Alta roca sombría y siniestra en medio del cuadro

maravilloso del paisaje formado de estanques, de rios, bosques y suaves y azulosos horizontes, Tiffanges, el castillo favorito de Gilles de Rais, guardaba dentro de sus muros de granito, todas las maravillas del arte ojivo, todas las riquezas del mobiliario y de la decoración de las postrimerías de los tiempos góticos. Los salones de recepción cubiertos de armas espléndidas de España, de Florencia, del Oriente; los muros cubiertos de telas de oro, que hoy, apenas estarían al alcance de los archimillonarios; salas de banquetes rodeadas de credencias cuajadas de vajillas (en el cuento de Perrault se conserva memoria de ellas) y en donde corría para todo visitante, para todo forastero el vino viejo y el hipocrás á torrentes, en una especie de perenne orgía. Los órganos de todos precios denunciaban en todas partes la melomanía del joyen castellano; las pinturas de las bóvedas, el lujo bárbaro y ostentoso de los retretes, el oro y la pedrería de los ornamentos de su capilla, las incomparables bestias de sus cuadras entre las cuales reinaba *Cas-senoix*, su caballo favorito, hacían honda impresión en cuantos los veían.

Y no las ocultaba el vanidoso barón: en todos sus castillos, en su casa de Nantes, había la misma profusión de esplendor, la misma gala de derroche y de prodigalidad. Cuando el mariscal de Francia hacía un viaje, los hosteleros de las ciudades y pueblos que visitaba hacían su agosto. Existen memoriales detallados de una visita suya á Orleans: todos las hosterías fueron ocupadas por su servidumbre, por sus carrozas y equipajes: en todas ellas sus escuderos y pajes, sus cortesanos y lacayos, derramaron el oro á manos llenas.

Mas no solo por eso eran días de holgorio los de la presencia de Gilles en una población importante: sino porque tenía, como otro degenerado de nuestros días, pero dulce y blando éste, el infortunado Luis de Baviera, la pasión, el delirio de las representaciones teatrales, era la época aquella, en que los *misterios* se emancipaban de las representaciones y pantomimas que sólo se veían en las Iglesias y salía el drama litúrgico á la calle á revivir grosera y pintorescamente, en medio del brutal entusiasmo de las ingenuas y feroces multitudes, los episodios de la Pasión de Cristo ó de la Pasión de Juana la Doncella,

como en el famoso *Misterio de Orleans*, representado á expensas, probablemente, de nuestro hombre y en el que figuraba casi en primer término junto á la egregia salvadora de Francia.

Para que en esas épocas de afición desmesurada á esta clase de diversiones, costosísimas muchas de ellas, en esta época en que Francia se erizaba de tablados en todas las plazas, atrios, y corrales, llamase la atención el furor del barón por esta clase de placeres ¿cómo serían ellos? En donde quiera que llegaba se establecía el tablado, se tendían las decoraciones, se aprestaban los juglares y los actores (todo eso iba en la escolta de Rais) y se ordenaba al pueblo que dejara su trabajo para asistir á la representación. Y allá iba la multitud, atropellándose, gritando, palmoteando, aullando de júbilo; después del *Misterio* ó de la *Farsa* el espléndido señor obsequiaba al público con banquetes opíparos de los que frailes, artesanos y comadres, salían ahitos y borrachos.

¿Mas cómo hacía este hombre para cebar sin taca el río de sus prodigalidades? Lo gastó todo, lo vendió y lo empeñó todo á fragmentos, á retazos desmenuzó su gigantesca fortuna y la dispersó en manos de burgueses y señores que atrapaban ávidos los despojos de esta magnífica ave de presa feudal.

Su familia pidió al rey la interdicción del pródigo; pero el duque de Bretaña, que se enriquecía con las migajas del banquete del magnate su vasallo, lo sostuvo. Y Rais no paró de gastar. Era un loco, entonces. ¿Creía acaso que no había de secarse aquel pacto, que sus riquezas no tendrían fin? Precisamente; estaba á punto, cuando así regaba su caudal y delapidaba alborozado su fortuna, estaba á punto de rehacerla instantáneamente y de ahogar en ella á todos los potentados del mundo. Gilles de Rais iba á fabricar oro; allí estaba formándose en el fondo de su crisol de alquimista, como el huevo de oro del mito indico, la Piedra filosofal. ¡Oh! si, iba á encontrarla, la había encontrado ya, tenía por colaborador al único señor feudal más orgulloso y más ambicioso que la Tierra, al Diablo.

Justo Sierra



EL EMPERADOR GUILERMO II DE ALEMANIA —TRAJE DE CAMINO QUE VESTIRA EN PALESTINA.

EL KAISER GUILLERMO II EN SU EXPEDICION A PALESTINA.

Como ya saben nuestros lectores, el Emperador y la Emperatriz de Alemania salieron de Berlín, seguidos de número-o acompañamiento, para emprender un viaje á Oriente en que está incluida una visita á los Santos Lugares.

Los imperiales viajeros saldrían de la capital de su reino el día doce de Octubre último para embarcarse en Venecia con rumbo á Constantinopla primera estación de su itinerario. Allí permanecerían cinco días como huéspedes del Gran Turco y en seguida proseguirían para Asia Menor y visitando someramente Haifa, Cesarea, Jaffa y Latrún efectuando su entrada en Jerusalem el día veintinueve de Octubre para asistir á la dedicación de la iglesia alemana del Redentor que es el objeto ó mejor dicho el pretexto del viaje. De ahí partiría la comitiva á Egipto en cuyas metrópolis del Cairo y de Alejandría se efectuarían

rumbosas fiestas en honor de la imperial pareja germana, fiestas agradablemente interrumpidas con excursiones á las pirámides de Gizeh, á la pirámide escalonada de Saggarah, á las obras del Nilo y á la primera cascada del mismo río, durando sólo este último paseo doce días de navegación en yate.

Este es el itinerario primitivo que elaboró la opulenta imaginación de Guillermo II en su gabinete de Berlín y que fué dado á conocer al público por la prensa alemana. Posteriormente el Emperador le hizo notables modificaciones, pero sin prescindir de su visita á Jerusalem. En la sección cablegráfica de nuestros diarios podrán nuestros lectores seguir la fantástica excursión del Kaiser aunque sea por modo ideal.

Es curioso observar el viaje á Palestina de un Emperador de Alemania en este fin del siglo XIX, comparándolo con las *cruzadas* que guiaron sus abuelos en otros tiempos. Federico Barbaroja dejó las obscuras selvas de Germania para plantar la bandera de la Cruz en la arena misma que bebió la sangre de Jesucristo. Seguíale un acompañamiento regio de caballeros de la más alta estirpe y la sangre alemana regó generosamente la tierra santa por esencia; mas sujeta

al sacrilego cautiverio de la Media Luna. A Guillermo II le acompañan igualmente los más brillantes caballeros de su reino y el objeto de su viaje tiene de común con las *cruzadas* el honrar la memoria del Redentor con la dedicación de un templo cristiano evangélico á dos pasos de la iglesia católica del Santo Sepulcro. Pero no hay cuidado: hoy no se derramará sangre y la pavorosa noticia del complot anarquista fraguado en contra del Emperador de Alemania no pasará de mala intención gracias á los cuidados de la policía. Esperémoslo así.

Reproducimos hoy la última fotografía del Kaiser con el uniforme que usará en Tierra Santa. Guillermo II que se entiende hasta en achaques de sastrería, ideó el traje y dirigió su hechura en todas sus detalles, desde la elección de la tela apropiada á los calores asiáticos, hasta el color del correa que endosarán las bestias de la caravana.

La entrada de Guillermo II á Jerusalem, caballero en brioso bridón y seguido de cintilante comitiva, será sin duda más aparatosa, pero menos tierna, mucho menos, que la que efectuó hace diez y ocho siglos otro monarca que se llamó Jesús Nazareno!...

LOS DISTURBIOS EN LA ISLA DE CRETA.

Los cablegramas anuncian la ejecución de algunos musulmanes convictos de asesinatos perpetrados en Candía y de los que fueron víctimas súbditos de la Reina Victoria. El orden se ha restablecido en la isla gracias á la intervención de Inglaterra, apoyada por Francia, Italia y Rusia, potencias que se unieron á los ingleses para obtener la terminación de un estado de cosas tan escandaloso como criminal.

tianos. Así fué, en efecto, comenzando el desarme y la entrega de fusiles á los ingleses desde la última semana de Septiembre.

Esta vez, los esfuerzos combinados de las grandes potencias mencionadas obtuvieron el más completo y humilde acatamiento del Sultán á las condiciones que le fueron impuestas. Es de notarse el alejamiento de Alemania y Austria en estas negociaciones, y su papel de espectadores en la cuestión que tanto ha dado que decir y tanto indignó al mundo occidental.

importancia, porque reuerda una de las escenas más significativas de la barbarie turca. Sabido es que decidieron los Almirantes extranjeros desembarcar á veinte ingleses del *Hazard* para que hicieran guardia en la Aduana, situada en el muelle. Además acordóse que las autoridades cristianas se instalasen en la oficina del colector de la Aduana.

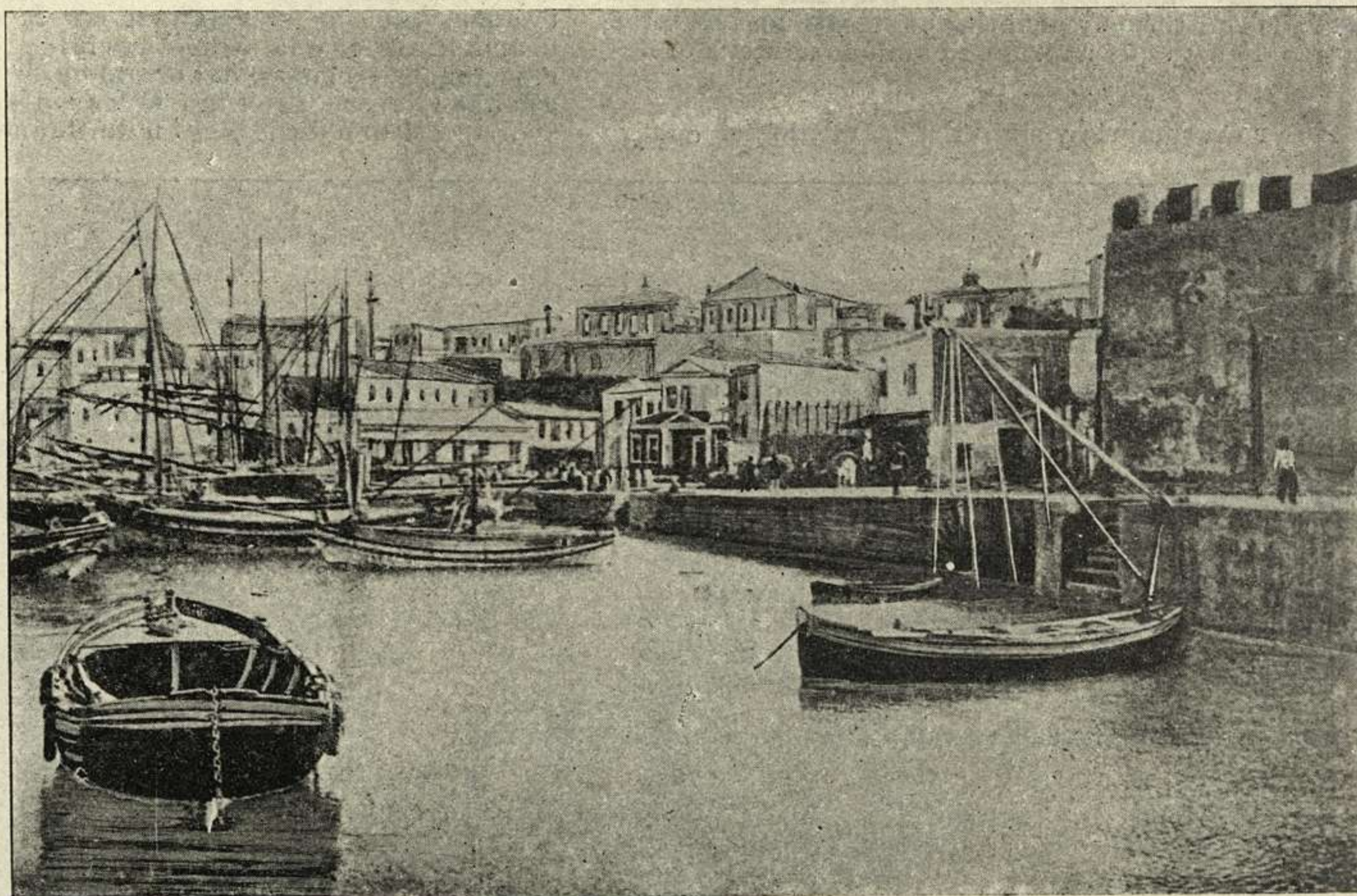
El resultado de estas medidas fué el disturbio que conocen ya nuestros lectores en todos sus pormenores por los datos publicados en la prensa diaria.

También aparece en esta página la calle principal



Candía. Puerta donde estalló el motín

Cediendo á las demandas del Almirante Noel, las autoridades turcas demolieron los edificios contiguos al campamento de los ingleses. Los insurgentes habían acampado cerca de Candía, listos para atacar á los turcos; pero se detuvieron confiando en que la Gran Bretaña tomaría bajo su eficaz protección á los cris-



El Puerto de Candía.

**

La ciudad de Candía quedó reducida á una completa desolación. Nuestros grabados representan algunos de los lugares de la ciudad.

La Aduana donde debía percibirse el diezmo (contribución) el día que estalló la revuelta, no carece de

de Candía después del fuego y la puerta donde fueron muertos el teniente Haldam y otros ingleses.

Una vez más se ha presentado la cuestión de la intervención en los asuntos interiores de Turquía y en los de Creta, viéndose en esta ocasión con toda evidencia cuánto más eficaz es la intervención inmediata y aislada de una sola potencia que la de todas ó algunas de ellas simultáneamente.

El Almirante Noel obró con energía y rapidez, al mismo tiempo que el Ministro de la reina en Constantinopla llevaba de frente el asunto de la reparación á los ultrajes sufridos por Inglaterra.

Posteriormente intervinieron las otras tres potencias mencionadas, como para dar á entender al sultán que no era valedero ninguno de sus habituales recursos: la mentira descarnada y los pérfidos subterfugios de su política cruel.



Calle principal de Candía después de los disturbios.

LA CATEDRAL DE MORELIA

Esta notable basilica, cuyas torres tienen 62 metros de altura, fué construida en un largo periodo de tiempo, más de cien años, y como es natural faltábale algo de armonía, ciertos detalles eran imperfectos.

El Sr. Arzobispo Arciga fué el iniciador de las obras, las que se pusieron bajo la dirección del inteligente artista Don Claudio Molina. Lo primero que se hizo fué substituir el antiguo pavimento con uno de mosaico veneciano cuyo efecto es preciosísimo.

El decorado de las naves y de la cúpula es otra de las mejoras y según las descripciones publicadas en la prensa, que ya habrán visto nuestros lectores, es de una magnificencia y de un gusto artístico notables.

El coro fué removido de la nave central en donde impedía la vista de la parte principal del templo.

Tiene éste entre lo más notable la sillería del coro, estilo siglo XVI; los órganos cuyo valor no baja de \$100,000; el trono del altar mayor, de plata maciza, regalo del Obispo Ortega y Montáñez; el sagrario, de plata y oro, cincelado primorosamente; una custodia estimada en más de \$150,000, etc., etc.

LAS RIVALIDADES FRANCO-INGLESAS EN EL ALTO NILO.

Una página de historia contemporánea.

PUNTO DE VISTA FRANCÉS.

Sabido es que á raíz del renacimiento egipcio promovido por Mehemet—Alí con el concurso de funcionarios y sabios franceses, Egipto comenzó la conquista del Sudan. Después de luchar largos años contra los mercaderes de esclavos del Alto Nilo Reouf Pacha, Gobernador del Sudán francés, lo dividió en tres provincias el año de 1883. Occidental capital El Fasher; Central capital Khartoum y Oriental capital Massouah.



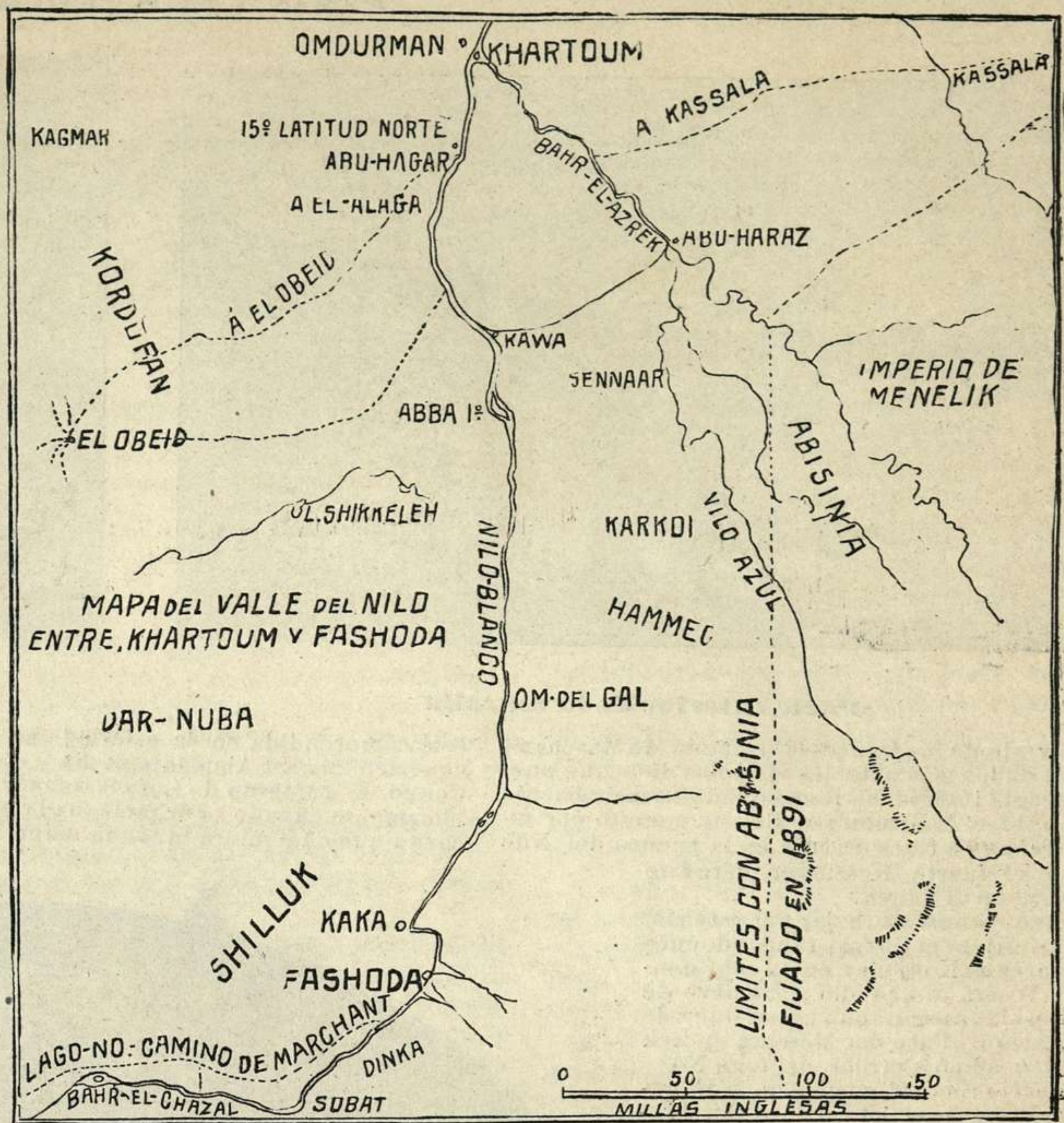
Capitán J. B. Marchand,
Jefe de la expedición francesa sobre Fashoda.

La insurrección madhista, que los ingleses dejaron propagar adrede para justificar su ocupación del Bajo Egipto, hizo perder al Khedive sus provincias sudanesas.

El 28 de Enero de 1885, Khartoum, defendida intrépidamente hasta entonces por Gordon, cayó en manos del Madhi, quien la destruyó inmediatamente estableciendo su capital en Ondurman.

Desde entonces el Sudan egipcio quedó entregado á la anarquía, á los ingleses hicieron pesar duramente su yugo sobre Egipto á fin de proteger este desgraciado país de las amenazas de los dervishes.

Así transcurrieron diez años sin que se transparentaran los manejos tenebrosos del "Intelligence Depar-



Croquis de la región que se disputan Francia é Inglaterra.

tement", dirigido de una manera notable por el coronel Wingate.

Bruscamente, el 14 de Marzo de 1896, se telegrafió de Londres al Cairo la orden de emprender una expedición contra los dervishes, teniendo á Dongola como objetivo. El comandante en jefe, General Kitchener hizo retroceder á los dervishes y estableció su cuartel general en Berber. Durante el invierno de aquel año preparó la siguiente expedición cuyo objetivo debía ser Kartoum.

**

Sin embargo, los ingleses no dejaban de inquietarse sobre los acontecimientos que podían ocurrir en el Alto Nilo. Sabían que había partido una misión francesa del Congo con destino á Bahr el Ghazal, pero ignoraban su organización y su destino real. Entonces hicieron correr el rumor de un desastre de la misión Marchand para que los franceses abandonasen su reserva.

En parte lograron su objeto, y conociendo las verdaderas intenciones de la expedición Marchand decidieron una ofensiva violenta.

El 4 de Septiembre el ejército del General Kitchener se adueñó de Khartoum después de un violento

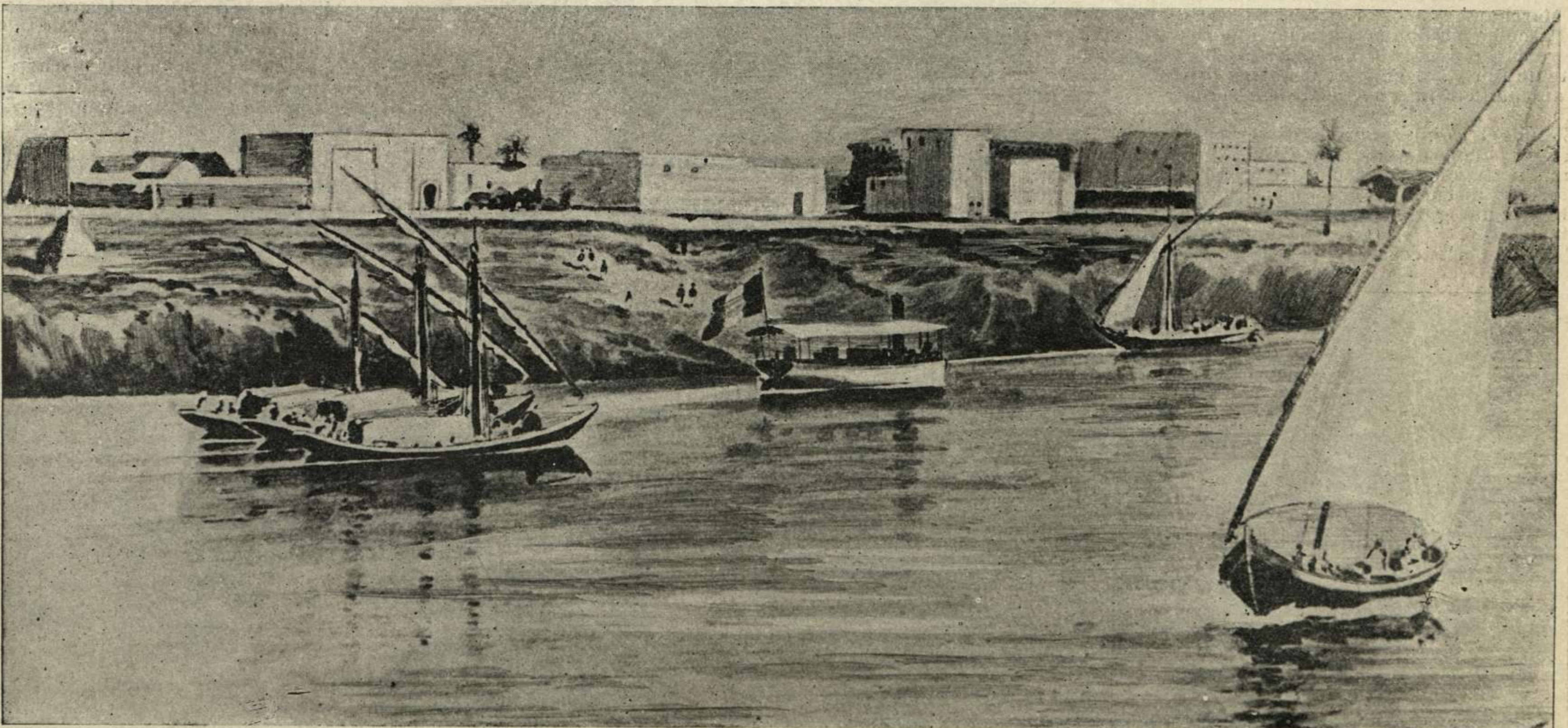
combate, y los pabellones inglés y egipcio ondearon sobre los muros triunfalmente.

**

Pareció que ya no se opondría ningún obstáculo á los ingleses en su marcha. El plan grandioso de Cecil Rhodes, el conquistador del Africa austral, fué para ellos de una realidad completa.

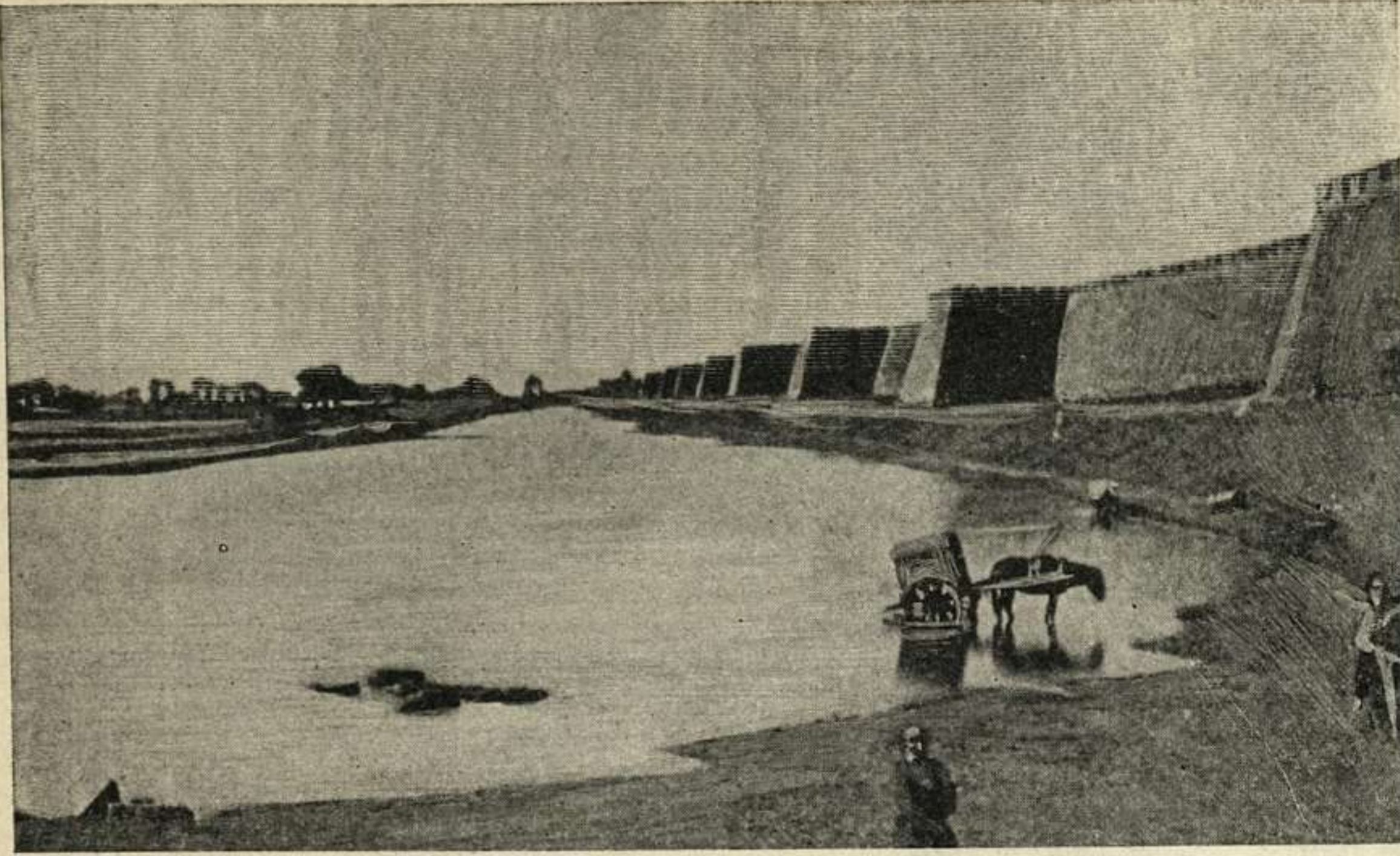
Tratábase de unir Egipto á la colonia del Cabo, á través del Africa central. Bastaba para ello hacer remontar el Nilo á sus cañoneros, para asegurar su incorporación con Mac Donald y Cavendish que ocupaban Ouganda y habían salido victoriosos en Mruli. Con esto, su hábil política les hubiera permitido, á cambio de ventajas especiales, franquear el Estado independiente del Congo y el estandarte británico habría flotado triunfalmente desde el Norte al Sur del Africa en toda su inmensa extensión.

Sólo una sombra tenía este cuadro: la expedición Marchand. No bastaba que se hiciese correr el rumor de su fracaso; necesario era que el hecho se confirmase. Ahora bien, lejos de haber muerto, el capitán Marchand y sus compañeros de armas, los capitanes Baraties, Germain, Mangin, Largeun, el teniente Touque, el alférez Dye y el Doctor Emily habían llegado á Fashoda.



Fashoda ocupada por la expedición Marchand.

PEKIN Y SUS CERCANIAS.



Parte exterior de la muralla.

La travesía de los franceses al mando de Marchand será uno de los más notables ejemplos de lo que puede la energía individual. Remontando sucesivamente el Oubanghi el M'Bomou y el Bokou, penetró por último Marchand á fines de 1897 en la cuenca del Nilo y ocupó el fuerte Hossinger, cerca de Tamboura en el Saueh.

Comenzó entonces á bajar por este río, afluente del Bahr el Ghazal, fundando pueblitos militares en Kodjioli y en la confluencia del Wou, al que dió el nombre de fuerte Desaix, asegurando así su línea de comunicación. Pasó por Meschra en Rek y á poco acampó á orillas del lago No.

Por su parte Liotard, comisionado del gobierno francés en el Alto Aubanghi, fundó los establecimientos, de Rabet y Dem Ziber, mandados por el capitán Valdenaire, y luego el de Ganda bajo las órdenes del teniente Chapuis, uniéndose así los esfuerzos de esta expedición con la del Capitán Marchand.

Los franceses ocupan la provincia de Barh-el-Ghazal y sus establecimientos cerca del Nilo obstruyen el camino de los ingleses. Estos protestan contra la ocupación de territorios que pretende Egipto.

EL PUNTO DE VISTA INGLÉS

Sir Herbert Kitchener ha dado feliz término á la campaña del Sudan, asegurando los intereses anglo-egipcios.

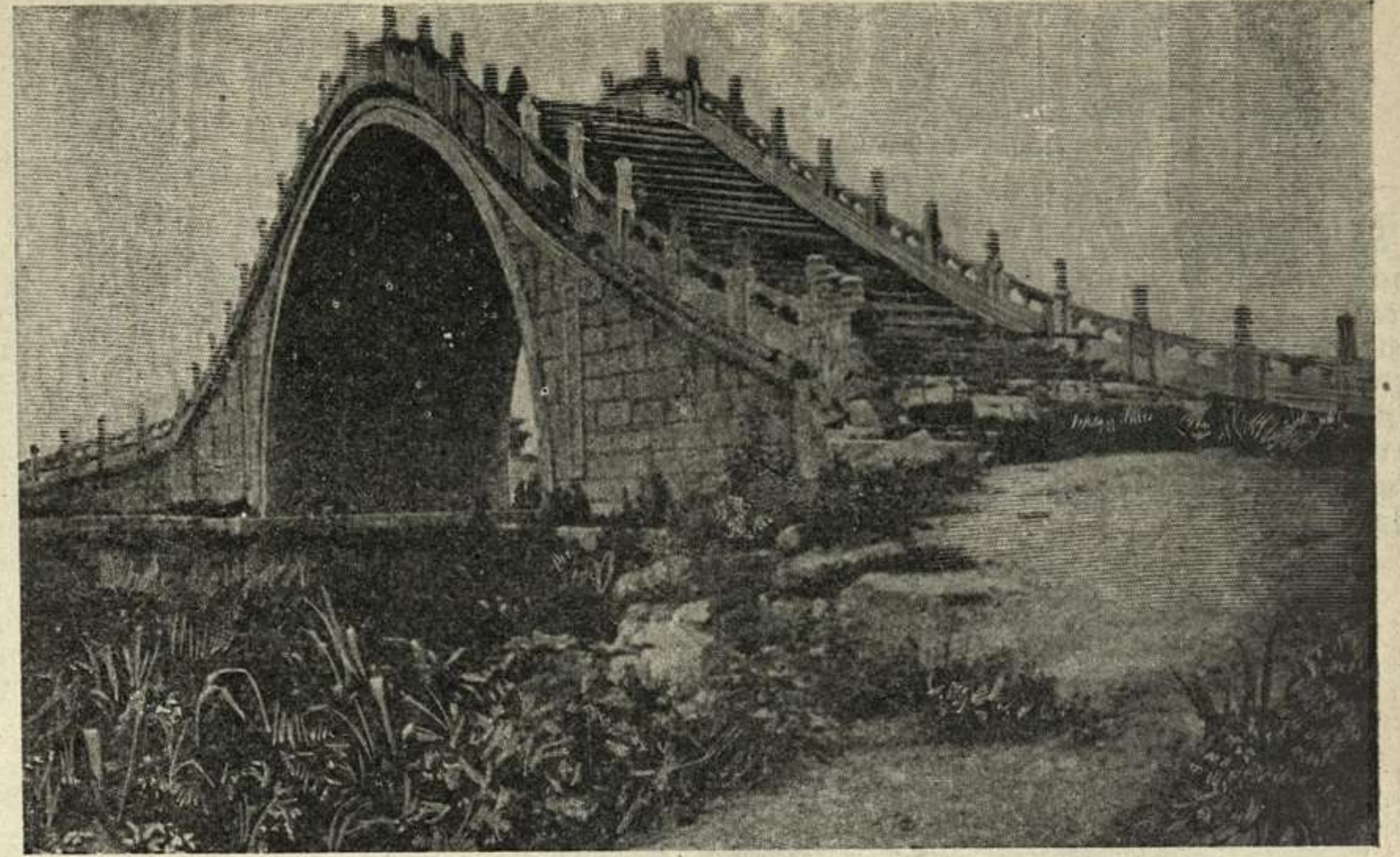
Parece en efecto que todas las dificultades han desaparecido y que este resultado satisfactorio se obtuvo con un minimum de esfuerzos. Como el gran Carnot, Sir Herbert Kitchener es "un organizador de la victoria," aunque, á decir verdad, su mayor mérito consiste en que prevee con igual perspicacia las pérdidas que se propone infligir al enemigo y las que evita para los suyos. Basta pensar en la mortalidad terrible requerida por la conquista francesa en Madagascar para que se comprenda la plena extensión de responsabilidades de los ingleses en la presente campaña.

Tócale ahora á la diplomacia tomar los hilos de la empresa manejada con tanto tino por el soldado. La presencia del mayor Marchand y de las fuerzas francesas en Fashoda, creó una situación que requiere mucha y muy firme decisión por parte de Lord Salisbury si se quiere evitar un conflicto internacional demasiado serio.

Según el *chauvinisme* (patrioterismo) francés, la empresa del valiente Mayor Marchand tuvo por mira, ó provocar á Inglaterra á discutir la cuestión egipcia, ó obtener una garantía material de la evacuación del valle del Nilo.

Fashoda pertenece al Egipto. Está declarado que

está comprendida en la esfera de acción inglesa, reconociéndolo así Alemania, Italia y el Estado libre del Congo. El gobierno de Lord Rosebery, manifestó públicamente cuando se organizaba la expedición Marchand que cualquiera invasión emprendida sobre el



Puente "Lomo de Camello."

EL EMPERADOR DE CHINA Y SU MENTOR

China es el país de los certámenes á propósito de todo.

Hemos oído hablar tanto de Emperadores y Emperatrices de China, ya envenenados, ya depuestos del poder; ora víctimas de unas conspiraciones ó conspiradores á su vez; — tanto hemos oído hablar de esto que creemos pertinente la publicación de las líneas y del retrato y vistas chinas que forman esta página.

¿Cómo llega á su alta dignidad una Emperatriz de China? Ya lo hemos dicho, el certamen es el procedimiento universal, empleando en China para proveer todo puesto vacante. Hace justamente diez años hubo un gran concurso de jóvenes casaderas con más ó menos títulos para pretender la dignidad suprema. El primero de todos los requisitos es pertenecer á cierta clase social elevada y ser además de la raza dominante.

Las primeras pruebas dieron por resultado que quedaron sólo treinta y un concurrentes aceptadas; se las condujo en carros cerrados á Palacio, en el que entraron antes de que saliera el sol. Sirviéronles un banquete para reparar sus fuerzas, debilitados por la nocturna caminata. Después del desayuno fueron llevadas á la presencia de la augusta y temible Majestad, la Emperatriz viuda, la cual pasó en revista á las doncellas, examinándolas por grupos de cinco.

Cada una de las aspirantes al trono llevaba una tableta en la que estaban escritos su nombre, su edad y prosapia; después de interrogarlas la Emperatriz viuda, mezclando á sus preguntas una que otra observación maternal, S. M. formaba su opinión. Si esta era desfavorable, la tablita de la doncella rechazada se ponía en manos de uno de los oficiales encargándole que entregare á la interesada un rollo de seda. Luego se la conducía á su carro quedando fuera de concurso.

**

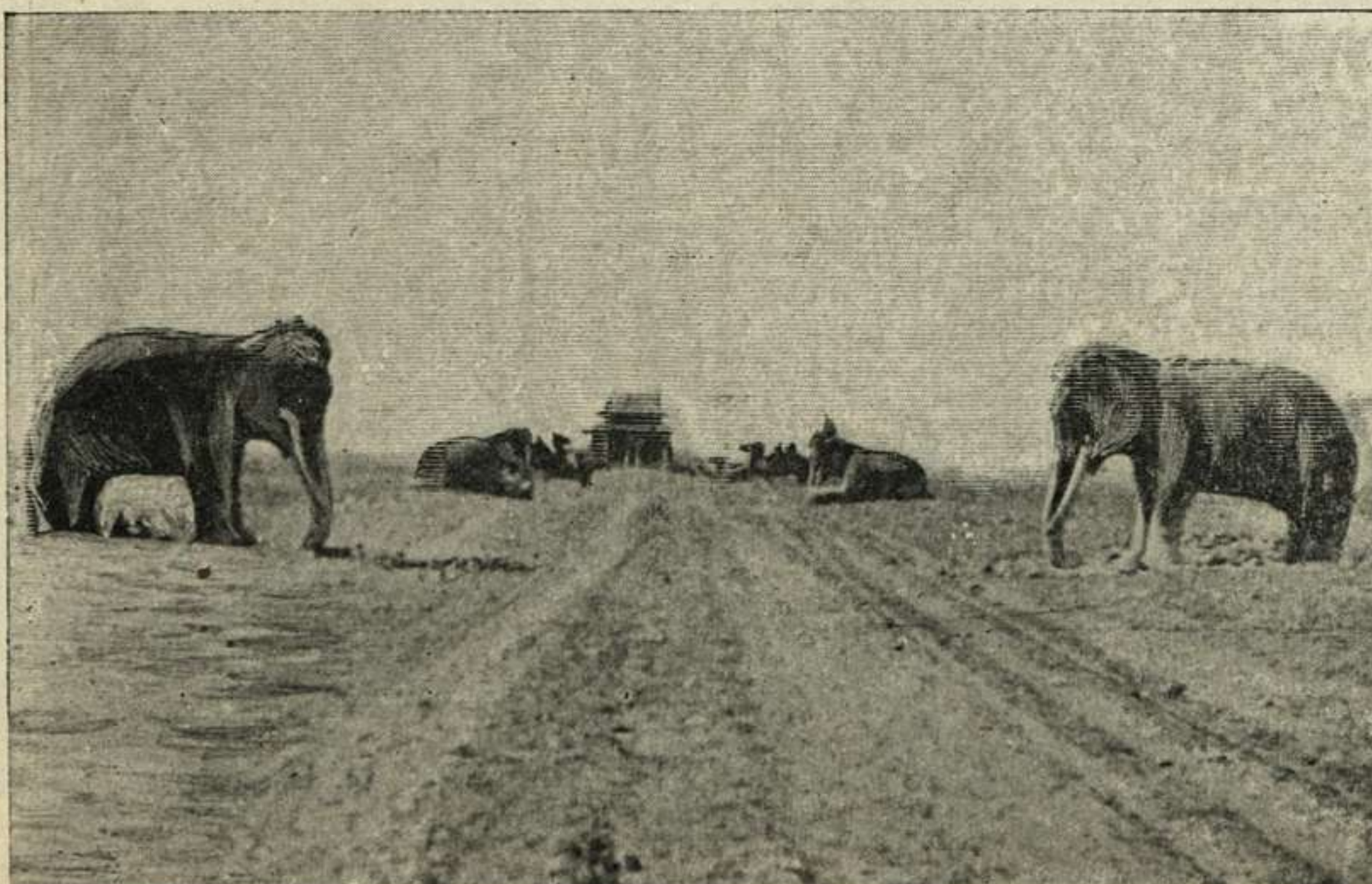
El interés de estos datos consiste en la luz que derraman sobre las relaciones que ligan á la Emperatriz viuda con el Emperador. Aquella es de hecho, superintendente del harem, posición fuerte que conserva á toda costa, toda vez que le da un medio excelente para regular los actos del Emperador.

Las mujeres de la corte están sujetas á todos sus caprichos: su sonrisa las llena de placer y su enojo las anonada, porque no sólo se manifiesta con palabras sino que acude á veces á medios brutales para mantener su autoridad.



KUANG HSU, Emperador de China.

valle del Nilo por una potencia extranjera, sería considerada como "acto de desafecto ó enemistad hacia Inglaterra."



Tumbas de la dinastía Ming.



Entrada á un edificio público.

Polifemo

Algún ático estudiante, alumno de Anatomía práctica ó de Patología interna de los del Hospital General, bautizó á aquel viejo setentón, de ancha espalda, cuerpo de Hércules de circo y entrecana melena de Nazareno, con el nombre del mitológico gigante; y entre la estudiantil catterva de medicina, el loco aquel no era conocido ni llamado de otra manera, no sin razón, pues á



semejanza del enemigo de Ulises, éste, á su gigantesca estatura sumaba la ausencia completa de un ojo, saltado de un lanzazo por un húsar austriaco, allá en los tiempos de la guerra de intervención y en la batalla, asalto, escaramusa ó albazo que ustedes quieran; peleando nuestro hombre, eso sí, siempre en las filas del ejército liberal.

«Polifemo» era popular en el Hospital, tanto por su monomanía como por sus costumbres y sus buenos servicios. Desequilibrado pacífico, lo mismo ayudaba á los enfermeros en su servicio que repartía el rancho á los locos y cargaba de buena voluntad las camillas con los muertos rumbo al Panteón; pero tenía sus días de abstracción, de nostalgia profunda, de funebre ensimismamiento, y en ellos ni por ruegos ó amenazas consentía en hacer el aseo del cuarto del «practicante adjunto.» ni en cargar las lámparas de petróleo, ó cambiar de sitio por súplica del boticario, el pesado almirez en el que tocaban á zafarrancho de huelga los estudiantes en los días de fiesta; entonces se concretaba á pasear sin descanso á la sombra de los fresnos del jardín y en formular á los convalecientes que allí acudían en busca de oxígeno, su eterna pregunta, aquella pregunta sencilla y terrible, clave acaso de un problema que devora la pobre humanidad. Y era raro aquel loco con sus dejos de filántropo, filántropo en medio de la miseria, y sus barbaices de erudición y de saber en mitad de tres docenas de locos analfabéticos. Si á un cofrade, por ejemplo, le veía próximo á la desnudez, él se privaba de su levitón gracioso y desforrado, herencia de algún alcohólico muerto en el Hospital y adquirida por des-

pojo sobre la plancha, para cubrir aquella desnudez y evitar aquel frío: y si en alguna ocasión, á la demanda de algún enfermo, respondía la impertinencia de algún enfermero, él mediaba en la contienda con tono de retórico y puntos de moralista.

Pobre Polifemo! En aquel ojo único, inmensamente abierto, sereno, sin parpadeos, brillaba una mirada con reflejos que parecían decir: compasión, caridad, ternura.

El vivía, allá, hace muchos años, en su rancho oculto como nido de águila entre las rocas de la montaña, ageno de desdichas y de dolores, idolatrando en un hijo, un mocetón fuerte y simpático, según contaba, y en un nieto cuyo advenimiento estaba anunciado, cuando á las playas del golfo llegó el cuerpo expedicionario francés y la imperiosa necesidad de la defensa nacional, se llevó de aquel hogar tranquilo al hijo, para convertirlo en víctima de la patria y héroe de la guerra. Mas no paró allí: á poco se necesitaron más soldados, más gente, muchos más hombres para defender el territorio y arrojar al invasor; y cuando el derrotado pelotón de patriotas pasó por las puertas del bohío pregonando el peligro de la madre patria y requiriendo el auxilio de la sangre de sus hijos para ella, el hombre vaciló; echó una mirada al interior del jacal en donde quedaban una mujer, madre joven y hermosa y un niño, ángel de inocencia, terció al hombro el fusil y respondió: «¡Vamos!»

Dos ó tres encuentros con el enemigo; el padre sirviendo en la misma compañía que el hijo, por rara casualidad; el viejo, soldado raso; el joven, un cabo gallardo y bravo; y al tercer encuentro, un zuavo, un maldito zuavo de rojo pantalón bombacho y blanca polaina, quien encarándose el arma, apunta al cabo en una trinchera, hace fuego y le rompe el corazón. . . . y un viejo, un soldado raso, que mordiendo cóericamente el cartucho del fusil, apunta al zuavo y le sepulta una bala en pleno cráneo.

—Psché. Después maté muchos gabachos y muchos reaccionarios, no por vengar á mi hijo sino por cumplir con mi Patria; pero me batía con miedo porque me acordaba mucho de mi nietecito. Si me mataban qué sería de él sin padre ni abuelo? Quiso la suerte que un austriaco me dejara sin un ojo, y entonces pude pedir mi retiro y regresar á mi montaña con un centenar de suzas amarradas en el cinto y arran-

cadadas en buena lucha á un forrajeador de la caballería enemiga; onzas que cuidé mucho porque las destinaba ¿no sabe usted para que? Pues para que mi nieto fuera Licenciado. Licenciado como Don Benito Juárez y como mi General González Ortega. ¡Si hasta llegué á pensar que sería como ellos Presidente de la República, General, que sé yo!

Cuando volví á mi rancho me encontré con que mi nieto era un rollizo muchacho que andaba ya y tocaba el tambor en un pedazo de vasija de hierro. Me llamaba papá y era el retrato vivo de mi hijo.

Me vine al pueblo para que se educara y fué á la escuela y aprendió á leer y en un 16 de Septiembre dijo unos versos y en la repartición de premios de la escuela, el Jefe Político le colgó al pecho una medalla, y le regaló un duro nuevecito. . . . y. . . .

¿Sabe usted donde se van las almas?

¿Sabe usted por donde se sale el alma de los que mueren?

Yo no lo pregunto porque no creo en el alma. Sí creo. . . . pero quiero saber por donde se va el alma, si tenemos alma cuando morimos porque. . . . ¡si lo he sabido no se me muere mi nieto!

Aquel, mi hijo, cayó de cara al sol, á plomo, rígido y sin quejarse; el balazo le partió el corazón y por allí acaso se escapó el alma en un borbotón de sangre cálida! Pero este. Porque ha de saber usted que mi nieto se enfermó; que yo corrí como un loco en busca del viejo médico de mi batallón, amigos de campaña, y que mi amigo, el médico, llegó y vió y pulsó y me dijo:—«No tiene remedio. . . . no tiene remedio. . . . Es una alma que se va!»

Y ha de saber usted que yo no me conformé con lo que aquél cruel, mi amigo, me dijo. ¡Cómo había de conformarme con que se muriera el cariño de mi alma, mi alegría de la vida, mi esperanza de la vejez? ¿Había acaso economizado mi sangre en los campos de batalla, egoísta con mi Patria, para otra cosa más que para que mi nieto viviera? . . . ¡y se me iba á morir! . . . ¡Se iba aquella alma? Pues bien: yo la detendría.

Cuando le ví agonizante cerré las puertas de la alcoba; cerré los cristales de la ventana, cerré hasta los resquicios de la madera, y cerré aquella boquita con mis besos, muy bien cerrada, muy bien cerrada. . . . á ver si podía irse aquella



almita blanca..... nó, no saldría..... estaba presa!

Y se fué.... ¿por dónde? ¿cómo?

Por eso, por eso me pregunto cómo se van las almas de los que se mueren. ¿En una mirada, en un suspiro? Y por eso dicen que estoy loco, y yo me resigno á creerlo porque al fin y al cabo, fuera del Hospital nada tengo y á nadie quiero y nada haría.... Aquí estoy bien."

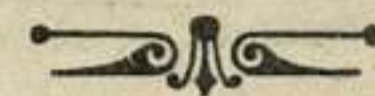
¡Pobre Polifemo! Murió, y pude verlo en la plancha; y así como cuando oí su narración, de su ojo único, y de la órbita hueca del otro, pude sorprender res-



balando dos lágrimas, cuando le vi sobre la plancha me parecía sorprender en la singular mirada de aquella pupila clavada, insistente y tenaz al infinito, al azul, al firmamento, y en el rictus mortal de aquellos labios que parecían sonreír dulcemente, que aquel hombre había penetrado por fin el problema de su pregunta, y satisfecho, sabían ya como se van las almas de los que mueren!

ESTEBAN MAQUEO CASTELLANOS.

Oxaca, Agosto 18 de 1898:



CROMOS VULGARES

LA MUCHACHITA DEL BOULEVARD

Todo es pasar por la esquina de Mercaderes y Plateros: allí la conoceréis.

Anda siempre confundida entre el bullicio de la gente, voceando el periódico de la mañana y jugueteando con el enjambre de granujas, sus compañeros de comercio, que revolotean por aquel extremo del *boulevard*.

Y no pasa inadvertida en medio de la multitud.

Atraen sus ojos oscuros hermosamente grandes; atrae el correcto óvalo de su rostro de tez pálida á la que el sol á fuerza de imprimir sus ósculos de fuego, ha dejado un tenue ensombrecimiento; atrae su boca de labios gruesos con inflexiones de coqueterías abigarradas: atrae su cuerpecito flacucho que no permite nada á la be-

inmediatamente me hirió el recuerdo de las alcobas tibias, donde entre pieles y mullidos cojines, duermen los niños ricos.

Recordé á esas madres santas que velan junto á la cuna, el sueño sonrosado de la aurora de la vida.

Y aquella infeliz no tenía nada de eso!..... ¿Por qué.....? ¿Qué había hecho aquél sér que estaba en el momento de la vida en que se es angel, para que fuera ya azotado por los negros vientos del infortunio?.....

Recordé que en el mar de las multitudes navegan á veces existencias brotadas de lo anónimo; existencias sin luz; peregrinaciones tremedadas que principian en el torno de una inclusa y acaban en la fosa común de un cementerio!....

¡Oh! y los días de esas existencias!.....

Esos días, densamente nublados, hacen que se deshojen las flores del alma y de cada una de las hojas que caen, ruedan prendidos los hinatos sentimientos con que Dios ilumina el tenebrario de lo futuro.

La muchachita del *boulevard*..... ¿de dónde brotó?

Tal vez en el rincón infecto de una casa de barrio que le sirve de hogar, tenga á los autores de sus días. Tal vez un pobre ciego..... una infeliz parálitica..... quizá un beodo.... una nauseabunda ramera.... ¿Y por qué no uno de tantos con quienes se codea y á quienes ofrece su mercancía en el extremo del *boulevard*?

Ella pudiera ser el capullo de una flor de cieno, creada para adornar el carnavalesco tocado de esa harpía de falsa hermosura que se arrastra, protegida por las sombras de la noche, á lo largo de las avenidas desiertas ó danza en las salas orientes á ajénjo, al compás de los acordes de un piano que más bien gime que canta.

Pudiera ser el apoyo del claudicante ciego. Entonces—idolatrable flor marchitada por la inclemencia del infortunio,—sería radiosa, lumínica, regaría claridad de apoteosis en las horas de aquel ser abrumado por el peso de la sombra.

Pudiera ser la redención de alguna pobre víctima del vicio; entonces—inmarcesible flor subsubyugadora—la descarnada mano de la desgracia no podría ahogarla en la inmundicia charca de la prostitución; sería nube, estrella, átomo del azul infinito, y en su vuelo llevaría, libre del humano desprecio, á aquel ser que había pasado por la existencia con la frente doblegada, arras-trando la vista en asqueroso cieno.

Pudiera ser.... una vengadora de los crímenes que ha cometido el oro, entonces—rayo de sublime indignación—haría que ante ella se doblegaran las frentes de nitidez apócrifa, enseña-



ría á las multitudes que á veces es todo lo que parece espuma.... y la estulticia perdería su gesto de risa y la sociedad rugiría como leona acosada.

Vamos, todo es pasar por la esquina de Mercaderes y Plateros; allí conoceréis á la muchachita del *boulevard*.

L. FRÍAS FERNÁNDEZ.

ANIVERSARIO

Un año hace hoy ¿te acuerdas? me decías "Te amo; la vida para amarte es corta, Tu amor al paraíso me transporta En que cifré las esperanzas mías"
¿Cómo creer ¡ingrata! que mentías Si estaba el alma con tu amor absorta? ¡Me hiciste desgraciado...! ¿qué te importa Que viva yo sufriendo mientras rías?
Hoy la dicha te cubre con su manto, Y en su gentil regazo te da abrigo.... Si mañana en las garras del quebranto Un destino arrojarte enemigo, Yo con amor enjugaré tu llanto Y tu desgracia partirás conmigo.

JUAN VALLE.



lleza plástica, pero que se mueve, se mueve con flexibilidades de viborita, escurriéndose por entre los transeuntes, escapando con burlona gracia de una mano que intenta acariciarla ó yéndose á prender al brazo de alguno de sus conocidos, á quienes manda con imperio que le den centavos ó le consuman la mercancía.

La conocí una noche.

Ya era tarde y el *boulevard* estaba casi solo. Salió á mi encuentro y me tomó una mano sin decirme palabra. Así caminamos un buen trecho. Sus pies descalzos daban sobre el terso pavimento de la acera produciendo un ruidito sordo y acompasado.

Al fin me dijo con voz fina y en tono familiar:

—¿Qué, hace frío? Yo tengo mucho.

Infeliz! Si estábamos en pleno invierno.... ¿Cómo no había de tener frío?

TURBONADA

Era una noche de Septiembre, que se pasaba de fresca y rayaba en fría. Julio, sentado en un banco del jardín solitario, con las manos en los bolsillos del gabancito, poco menos que tiritando, esperaba á que el reloj de la vecina iglesia diera las ocho: hora desde hacia tiempo fijada para rondar las ventanas de su novia, saludarla al pasar ó, si habia oportunidad para ello, decirle algunas palabritas preliminares de la conversación de más noche.

Aquel amor era el único verdadero y arraigado que hasta entonces sintiera: habia ido creciendo mansamente en su corazón hasta dar al traste con todos sus pesimismo de hombre incrédulo y desengañado. Y á él se entregaba con el entusiasmo y la vehemencia de su extremo carácter.

Tenia Julio exageradísimo puntillo y más que sus puntas y ribetes de celoso. Y no era precisamente que juzgase á su novia capaz de burlarle: lejos de ello, la tenía en la mejor opinión, confirmada por el juicio de todos cuantos la conocían y por la propia observación en las horas serenas; sino que á veces se efectuaba en el fondo de su ser como un desdoblamiento de su personalidad que producía dos entes completamente distintos: el uno serio, confiado, pacífico, el otro tarabana, incrédulo, alborotador y pendenciero. . . . Y cuando éste se encrespaba, de nada servía la sana dialéctica del cuerdo que gastaba en balde sus buenas maneras y mejores palabras: el ente loco no cedía, tomaba por cobarde vacilación la cordura del otro, se envalentonaba con ella y le hurgaba, le hurgaba hasta que el bueno repelia la agresión, y, yéndose á las manos, se zarandeaban un buen rato, sudorosos y jadeantes. Mas nunca concluían aquellas contiendas por el triunfo definitivo del uno sobre el otro rival: las terminaba el cansancio, y entonces los dos combatientes, gruñendo y mirándose fosco, se largaban, cada cual por su lado.

A veces parecía que la atmósfera era propia, que el pobre Julio, según lo bien dispuesto que le encontraba cualquier quisicosa, se tragaba en el aire el prolífico germen de los celos.

Era una de estas la ocasión de mi cuento. Despertó Julio aquel día susceptible, desconfiado, nervioso. Se acordaba sin qué ni para qué de ciertas cosillas que habian pasado entre él y su novia, hacia ya mucho tiempo; las veía en su imaginación como si en aquel momento estuviesen acaeciendo, y aunque de todas ellas se le habian dado explicaciones sin número, sentía molesto prurito de recordarlas, de revolver los empolvados trebejos que guardaba su memoria, y tirar de ellos, alzándolos en alto, para verlos por todos lados á la luz zenital. Era el ente loco que apuraba la paciencia á su constante enemigo, el cuerdo, para darse el gusto de una agarrada.

Así estaba Julio, cuando la primera de las ocho campanadas que esperaba le hizo estremecerse y levantarse de un salto.

Pronto llegó á la casa de su novia que según costumbre, le esperaba á la reja. Iba á hablarla, más ella se le adelantó, diciéndole con voz queda y precipitada, á la vez que le alargaba una carta:

—¡Esta noche al teatro!

Lo que Julio sintió al oír esas palabras, no es para descrito. Primero, desaliento, tristeza, cólera; después, algo que le pesaba en el alma y que le hacía andar á teterazos con mil ideas de muerte. "¡Qué alegría habia sorprendido en aquellas palabras! . . . ¡Qué bien se conocía que más le agradaba exhibirse, ver y ser vista, que tener la hasta ahí, sobrosa conversación de todas las noches! . . . Ya no le quería. . . . Le traicionaba vilmente. . . . Le dejaba por otro. . . ." Habladurias del ente loco, que habian acabado por hacer que el cuerdo frunció el entrecejo y le mirase con ira.

En tanto, Julio caminaba á grandes zancadas hacia su casa, echando mano á cada momento al bolsillo in-

terior de su americana, para cerciorarse de que estaba allí la carta consabida.

Llegó, y encerrado en su cuarto, tembloroso de dedos y con el corazón metido en un puño, abrió la carta que, á vueltas de algunas ternezas de cajón, terminaba de este modo: "No hagas en el teatro nada que me disguste: ya sabes cuánto te quiero y lo que sufro con ciertas cosas. . . . Acuérdate de que tu cariño es la única felicidad de tu Clara"

Y estas frases, sin duda saídas del corazón, acabaron de exasperarle. "Que me quiere" . . . — se decía, sonriendo con irónica amargura — Engañifas, para que no pueda pedirle cuentas de lo que ha hecho ni de lo que hará esta noche. . . . Me juzga tan sandio que con cuatro lindezas me dejará como una seda" . . . — "Pero ven acá. . . . — le decía otra voz en el fondo



del cerebro con tono reposado y tranquilo — "¿Qué es lo que ha hecho? ¿Sabes, acaso, lo que hará? ¿Cuándo ha pretendido burlarse de ti, embustero?" . . . Y á todas estas preguntas, daba el ente loco contestaciones rápidas, telegráficas, reviviendo ciertos sucesos, recordando ciertas palabras. Nada, que los dos moradores del cerebro de Julio, estaban á pique de tirarse los trastos á la cabeza.

Mas no habia tiempo que perder: cambió Julio las botas que llevaba por otras de espejeante charol, trocó la americana de todos los días por el levitón dominguero, se puso tirillas y puños limpios: pasóse el cepillo á lo largo de las perneras; espolvoreó el sombrero; cogió el gabancete, y dió con su malhumorada persona en el vestíbulo del teatro.

Este, aunque milagro de comodidad en una capital de provincia de cuarto ó quinto orden, no era una obra artística, ni mucho menos — Aquella noche tenia el aspecto desairado de siempre (salvo los casos en que la fiesta era gratis ó se representaban comedias de gran aparato): unas cuantas familias desperdigadas en palcos y plateas, y algunos gomosos apiñados en los asientos de patio contiguos al escenario.

Julio tomó una butaca colocada de modo que podía ver á su novia con entera comodidad. A su lado se sentó á poco rato un larguirucho y espetado individuo á quien no conocía. Y al ente loco, que gozaba riñendo, se le metió en la cabeza que Clara, al mirar á su novio, miraba también al desconocido sujeto, y cada vez le fué pareciendo su disparatada ocurrencia la cosa más indudable.

Entre tanto, Julio sentía seca y amarga la boca, palpitante el corazón, laxos los miembros; y repentinos impulsos de gritar increpándola, allí, delante de todos, de hacer no sabia que escandalosas barbaridades, le alborotaban los nervios.

El ente cuerdo contenía las intemperancias de su rival, sujetándole con fuerza. Pero llegó el sainete, invariable fin y remate de nuestras funciones teatrales, y comenzó todo el mundo á reírse. . . . "¡Dios santo! Toda aquella gente tenía la desfachatez de estar alegre cuando él se consumía de angustia" . . . Aquellas risas estruendosas que estallaban á coro, eran como certeras perdigonadas que le acribillaban el corazón. El, entre aquella explosión de bobalicones a'egria, arrugaba el entrecejo, se mordía los labios con furia y se sentía morir. Y estas angustias horribles subieron de punto cuando vió que ella también se reía. Entonces que alente cuerdo, incapaz de contenerle se le escapaba el loco de entre las manos. . . . Afortunadamente en ese momento terminó la pieza. . . . Julio salió.

No pudo, aunque lo intentó resueltamente, tomar el camino de su casa, y dejar la ventilación de sus agravios hasta el día siguiente. Fuerza irresistible le empujaba hacia la casa de su novia, á pesar de que el ente cuerdo con su inalterable sentido común le prevenía la inutilidad de su tentativa: Clara aunque lo desease, no hablaría con él á aquellas horas.

Y allá se fué, sin embargo, y rondó largo tiempo inútilmente. Entonces toda aquella amargura que le andaba por dentro, engrasada por violenta cólera, desbordose en crispamientos de puños, en duros vocablos y en algunas lágrimas, pocas y amargas, de esas que brotan sin contracciones de rostro.

Al cabo, hizo un enérgico llamamiento á su voluntad, á una fuerza que él llevaba oculta en lo más hondo de su ser: ella no siempre respondía á sus conjuros, mas si la daba por responder sabía sobreponerse á los más fieros arrestos del ente loco. Así sucedió entonces, y Julio se largó á su casa.

Ya acostado y envuelto en las mantas la cabeza, amontonaba acusaciones, suponía preguntas, formulaba respuestas y cuando ya percibía el último detalle de su plan de conducta, la imaginación se le iba al techo del teatro, lleno de grietas y desconchaduras; á la lámpara humeante, que alguien empinándose en una butaca, apagó de un soplo; á las alegorías del telón; á la cara ri-

sueña de éste ó aquél espectador; al libro últimamente leído; á los diversos asuntos pendientes. . . . Merced á violentos esfuerzos tornaba el descarriado discurso á su punto de partida; más se escapaba de nuevo, y así una vez y otra, hasta que el sueño, llegando sin ruido, desvaneció las cavilaciones y mató la zozobra.

Cuando despertó al día siguiente, experimentaba una sensación de dejadez absoluta. Los dos combatientes, el cuerdo y el loco, echados en tierra, fatigados y contusos, se miraron sin recelo, seguros de que uno y otro estaban inútiles para mucho tiempo.

El que primero volvió al uso de su discurso fué el cuerdo, y echó en cara al loco, aunque sin ofenderle ni picarle el amor propio, sus intemperancias y desvarios, mas éste, que era tal vez, quien mayor gasto de fuerza habia hecho, postrado y abatido, ni siquiera escuchaba. . . . Y aquel cerebro delirante y aquel cuerpo desmadejado fueron entrando en caja, serenándose como el cielo y el mar después de una borrasca.

Sólo el corazón de Julio, como devastado campo de batalla, conservaba los rastros de la tremenda refriega. Estaba magullado y dolorido y aunque bien se le alcanzaba que todo ello no habia sido quizás, sino un punto del ente loco, no por eso dejaba de sentir el dolor de sus heridas, y tenía el pobre inmensa necesidad de palabras de cariño y juramentos que como blandos apósitos, restañaran su sangre.

Entonces el ente cuerdo y el ente loco sintieron que la conciencia les remordia, y, cambiándose una mirada melancólica, tuvieron lástima de él.

J. GARCÍA RODRÍGUEZ



La canción de una madre.

A LA SRA DOÑA JESEFINA PEREYRA DE GARCÍA.

Para "El Mundo."

Ha muerto el sol. . . . anochece,
Están las ramas temblando,
Y los nidos oscilando. . . .
Es el viento quien los mece.
Sopla, sopla ¡oh manso viento!
Ven á columpiar los nidos;
Canta, canta, soñoliento,
A los pájaros dormidos;
Besa las plumas sedosas
De las aves perezosas,
Y ramas y nidos mece,
Que ha muerto el sol. . . y anochece.

Desmayado por el sueño
Otro pájaro pequeño,
Más blanco, más, que el armiño,
Duerme, sonriendo, en su cuna:
Ese pájaro es mi niño
Y es quien lo besa la luna.

Están sus ojos cerrados
Por las pestañas velados.
Baja, baja ¡oh blando sueño!
Duerme, duerme á mi pequeño!
¡Flor de espuma, flor de armiño!
¡Oh mi niño!

Si sabe cantar el viento
Para dormir á las aves,
Yo también canciones suaves
Cantaré con dulce acento,
Sé tantas baladas bellas
Como hay en el cielo estrellas;
Sé melodiosos cantares

A millares.

¡Oh viento! y los dos velando
Con amor junto á las cunas
Pasar veremos, cantando,
Noches blancas, noches brunas,
Rojos soles, tristes lunas.

Llenos de nieve y escuetos
Pronto estarán los abetos;
Mecerán los vientos fríos
—Cunas, entonces, de hielo
Que rodarán hacia el suelo—

.....Mas nada importa que fuera
El árbol se agoste y muera,
Se cubra de escarcha el llano
Y se congele el pantano,
Si adentro, en su cuna hundido,
Está mi niño dormido.

¡Oh pequeño! no te importe
Que ruja en el llano el Norte;
Aunque el lobo en la espesura
Aullando esté con pavura
Acosado por el frío,
Y el perro á lo lejos ladre.

Nada temas amor mío:
Junto á ti vela tu madre.
¡Baja, baja ¡oh blando sueño!
Duerme, duerme á mi pequeño!
¡Flor de espuma, flor de armiño!
¡Oh mi niño!

MARÍA ENRIQUETA.

EL CONDOR VIEJO.

(FRAGMENTO.)

En una roca de la sierra umbria
Vive un condor ya viejo y desplumado,
Que contempla la bóveda vacía
Con tan honda y tenaz melancolía,
Cual si estuviese allí petrificado.

Ya no puede velar y cuando empieza
La blanca nube á coronar la altura,
Envidioso la mira, y con tristeza
Inclina taciturno la cabeza
Sobre su roca inmovible y dura.

Sirve de escarnio á los demás condores
Que anidan en las cumbres de granito,

Y que, del hondo espacio triunfadores,
Bañan su cuello en mares de colores
Al desgarrar la aurora el infinito.

En la noche, en los hondos agujeros
De su peñón, donde las brisas suaves
Se refugian, él sueña cosas graves:
Ya que eleva en el aire á los corderos,
Ya, que agarra en las nubes á las aves.

Mas se mira las alas compungido
Y no halla en ellas ni siquiera rastros
De aquel tiempo en que hubiera hasta podido
Colgar su enorme y silencioso nido
De las rubias pestañas de los astros.

JULIO FLORES.

EL ARTE.

(THÉOPHILE GAUTIER.)

Si; la obra es más radiante
si el pulimento es terso:
diamante,
mármol, esmalte, verso.

No haya presión intrusa;
mas para andar derecho,
¡oh Musa!
lleva coturno estrecho.

Al diablo el ritmo soso
que como floja calza,
pié ocioso
se pone ó se descalza!

Rechaza, estatuario,
la arcilla trabajada
de diario
con mente divagada,

Doma al rebelde paros,
vence al carrara duro—
los raros
dueños del perfil puro;
arranca á Siracusa
el bronce que altanero
acusa
el rasgo hermoso y fiero;

persigue en cornalina,
con delicado apego,
la fina
faz del Apolo griego.

Pintor, huye acuarelas,
y fija los colores
que anhelas,
cual esmaltadores.

Hay sirenas caudadas,
mostruos de los blasones,
pintadas
en raras contorsiones;

en su nimbo trilobo
á la Virgen y su Hijo,
el globo
del pié de la cruz fijo.

Todo pasa.—Robusto
el arte siempre vive,
el busto
al pueblo sobrevive.

Y la medalla austera
que un labrador ha hallado,
entera
de un César ignorado.

Los dioses mismos mueren,
pero los versos, gonces
adquieren
más fuertes que los bronces.

Cincela, esculpe, lima;
que tu flotante ensueño
imprima
su poderoso empeno.

BALVINO DÁVALOS.

ALLEGRO VIVACE

Oye, neurótica enlutada,
oye: la orquesta desmaya
preludia un vals en el salón;
de luz la estancia está inundada,
de luz también el corazón.

¡Ronda fantástica iniciemos!
el vals es vértigo: ¡valsemos!
¡que viva el vértigo, mujer!
es un maelstromm: encontraremos
en su vorágine el placer.

Valsar, girar, ¡qué lindo es eso!
valsar, girar, perder el seso,
hacia el abismo resbalar,
en la pendiente, darse un beso,
morir después. valsar, girar. . . .

Paolo, tu culpa ramancesca
viene á mi espíritu; Francesca,
unida siempre á Paolo vas.
¡Impúlsanos funambulesca
ronda! ¡más vivo! ¡mucho más! . . .

Valsar, girar, ¡qué lindo es eso!
valsar, girar, perder el seso,
hacia el abismo resbalar,
en la pendiente darte un beso,
morir después: valsar, girar,

AMADO NERVO.

CALENDULA.

Vuestros ojos no han visto otra criatura
Más ideal, conjunto más divino;
Tiene el porte soberbio y la blanca
De una estatua de mármol florentino.

Mira, y en su mirada se ve el cielo,
Habla, y su voz semeja una romanza;
Al andar, el Amor, como en un velo.
La envuelve: tiene el ritmo de la danza.

Su boca es una boca que provoca,
Late en ella la frase apasionada,
Y ha dejado en los labios de esa boca,
Su púrpura opulenta la granada.

Iluminan su pálido semblante
Misteriosos perfiles de madona;
Sus cabellos, en grupo deslumbrante
Recogidos, como una real corona
O el casco de un guerrero, en su alba frente
Cíen Para ella son todas mis rimas,
La música del verso, el soplo ardiente
Del númen sacro, Gloria, que tú animas.

Oh, delicada flor de invierno! El viento
De Otoño soplará sobre ti un día.
Yo no sé qué fatal presentimiento,
Al verla, oprime y llena el alma mía.

En tanto tu beldad florece, impera,
Perfuma y ríe, canta é ilumina.
¡Presto te dirá ¡adiós la Primavera
Y llegará el Invierno que extermina!

VICENTE ACOSTA.



PAGINAS DE LA MODA



FIG. 1—MODELO PARIENSE DE RECEPCION.

Chismes y enredos de Sociedad.

La lengua nunca está quieta, siempre busca algo que hablar aunque lo que diga sea para echar por tierra la reputación de una ó más personas.

Esto sucede principalmente con aquellos individuos que brindan una amistad falsa, una sinceridad que están muy lejos de sentir, y como no profesan lealtad y franqueza siempre están cubiertos con el velo degradante de la hipocresía y el miserable manto de la vileza.

¡Es increíble! ¿Quién será capaz de creer que en las principales casas de familia es donde se le dá mayor circulación á la chismografía? nadie ¿verdad? pues sabedlo: en ese lugar es donde acostumbran denigrar y enterrar en el fango de la deshonra, la conducta de muchas personas que, en esos círculos, son objeto del más detestable de los vicios: de la difamación y la calumnia.

He aquí por que hay que mostrarse indiferente con esos que ofrecen una amistad que bajo todo punto de vista es falsa, digo falsa, porque después, al separarse de esos hombres, viles por naturaleza, van á otro lugar cualquiera á murmurar y ponerle mil defectos á aquel que no hacia una hora le ofrecían una amistad sincera.

Si por una rareza no son ellos quienes lo tiran al fango del desprestigio, es en esas casas de familia donde tanto el marido, como la mujer y los hijos, no están más que indagando el modo de vivir de este ó de aquél, preguntando al vecino cosas que no le importa y queriendo saber lo que hará, lo que come, cómo vive y cuánto gana, para alimentar sus pasiones con chismes y enredos. ¡Qué poca educación, qué falta les hace estudiar algo á Carreño!

Esas ó esos averiguadores por afición, de cosas que no le importan, son real y verdaderamente una plaga social, una caterva de vampiros que destrozan la conducta de algunos jóvenes, valiéndose de la calumnia vil, digna de encontrar lugar y abrigo en la boca de esos seres degradados y maléficos, que acostumbran arrojar por tierra la reputación de muchos sin acordarse que, "El detractor oculto, es semejante á una serpiente que muerde traidoramente. (Eclesiastés 10, 11.

La calumnia es el arma que esgrime la gente que no tiene decoro ni dignidad, es el instrumento que usan varias personas, para obtener por este medio, una venganza ruin y miserable, fruto de sus pasiones desmoralizadas y corrompidas.

¡Triste es decirlo, pero aquí es donde impera, donde tiene sus vastos dominios, ese orador que corrompe á las sociedades!

Esos individuos escudriñadores de secretos, formadores de chismes y murmuradores de oficio, no deben ser admitidos en la sociedad por estar reñidos con la dignidad y delicadeza, pero es todo lo contrario, son los que obtienen como premio de su viperina lengua, una sonrisa ó un miserable mendrugo que le arrojan aquellos que se alimentan de enredos y sinvergüenzadas para poder saciar el más impuro de los deseos: el apetito más degradante, para deshalojar algún rencor ó pasión, digna de esas almas ruines que se valen del agudo puñal de la calumnia para herir el pecho de un hombre, que causa la envidia del que carece de honradez y dignidad.

Esas familias ó mujeres que siempre tienen puesta la máscara del hipócrita esas que nunca alzan la frente por temor de que se les conozca su falta, esas que siempre ocultan la verdad y propagan la mentira esas que viclan el lecho nupcial, esas que nunca están en

sus casas sino que se mantienen averiguando la vida, de todo aquel que pasa, esas, . . . esas son más dignas de compasión que de desprecio.

La mujer porque es mujer y los hombres ¿por qué? porque son hombres, sí, que lo son; pero hombres sin delgadeza y sin honor que venden sus conciencias al que le compra el fruto vil de sus pasiones, el que por pasar de *inteligente* le arroja á sus oídos el torpente de mentiras, calumnias y vilipendios, degradando así á personas honradas que viven de su trabajo y no del miserable y bajo oficio de chismosos.

Esos aduladores, envidiosos del bien ajeno; son los reptiles odiosos, los gusanos indecentes que roen el corazón de un hombre de ideas nobles y pensamientos elevados.

¡Fuera con esos cuervos que desprecian la honra del que vive con honestidad; fuera con esos aduladores del potentado, fuera con esa plaga vil que deshonorra la sociedad en que vive y denigra con su lengua la conducta del artesano, fuera con ellos antes que infiltre en otros el veneno de su lengua ponzoñosa!

RAFAEL HEREDIA REYES.

LA GRATITUD.

La gratitud es una cualidad, ó por mejor decir, una virtud que consiste en hacernos no olvidar jamás los beneficios que de otra persona havamos recibido.

El hombre digno, el hombre honrado, el que tiene presentes siempre las deudas de gratitud que haya contraído con una ó varias personas, da á conocer desde luego, con este sencillo á la par que significativo proceder, lo delicado de sus sentimientos, la no-



Fig 2 Traje de calle. Fig 3.—Traje sastre para el otoño.

Fig 4—Traje de casa.

Fig 5—Otro traje de casa.

bleza de su alma y las fibras más sensibles de su corazón.

Cuando una persona hace presente á otra, por medio de una conducta digna de todo elogio, su reconocimiento por los favores que de ella haya recibido, esa persona debe sentirse contenta, tranquila y satisfecha como el que después de haber contraído una fuerte deuda en numerario, logra al fin, tras de continuados trabajos y prolongadas fatigas, saldarla satisfactoriamente; aunque entendemos que los favores jamás llegan á pagarse.

Felices los que saben y comprenden lo que significa la palabra *gratitud* frase elocuente y significativa para las personas nobles: ella es suficiente para condensar en su lacónica expresión todo un sentimental poema de reconocimiento, de amor y de ternura.

La gratitud tiene el poder de arrancar abundantes y cristalinas lágrimas, aún de los corazones más empedernidos, y convertirlas en estimadas, valiosas y delicadas perlas.

Dichosas las almas que están perfumadas con el agradable aroma de la gratitud, ellas son acreedoras al respeto social y á nuestra más distinguida consideración. ¡Benditas mil veces sean!

Recetas útiles.

CONTRA EL VENENO DE LAS SERPIENTES

He aquí la receta que M. Victor Kromenacker prescribe contra la mordedura de las serpientes. La transcribimos sin comentarios.

"Se cuecen de tres á seis huevos hasta que estén



Fig. 7 — Traje de novia.

después se les envuelve en papel, conservándolas en sitio seco, porque en un lugar húmedo se enmohecerán.

En España se forman colgajos en cada dos granadas que se atan á las puntas de un mecate formando contrapeso sobre cañas gruesas puestas en posición horizontal y suspendidas del techo de las cámaras. Allí pasan el otoño, el invierno y parte de la primavera sin que sufran ningún detrimento:

Valor alimenticio del café.

Al decir de un distinguido higienista, el Dr Homs Parellada, el café contiene: 1, sales útiles para la nutrición; 2, principios aromáticos que influyen con ventaja sobre la digestión; 3, una importantísima cantidad de sustancias grasas, principio de los alimentos respiratorios; 4, materias azoadas, principio por excelencia de los alimentos reparadores.

Una infusión de 100 gramos de café á una libra de agua, representa veinte gramos de sustancias nutritivas.

Está demostrado que quien se alimenta con escasez, puede gozar de buena salud y trabajar, más si se aumenta su ración de diario con una ración de café.

La infusión de café apacigua el hambre y sostiene y aumenta las fuerzas cuando esta bebida no perturba con sus efectos el temperamento, ó no está contraindicada para la salud.

Un litro de café con leche representa seis veces más de sustancia sólida y tres veces más de materias azoadas que el caldo del puchero.

DECALOGO HIGIENICO

Los periódicos higienistas de Londres no cesan de predicar al público que siga sus saludables preceptos: Para disminuir "en una mitad," dicen, la mortalidad: bastaría con observar el siguiente decálogo higiénico:

- 1º Limitar el consumo de la carne, proscribiendo por completo la de puerco
- 2º Substituir el pan blanco de harina por el de harina de trigo molido con la cáscara. Este precepto ha tenido tal aceptación, que al paso que va aumentando el desarrollo de la venta del pan de esta clase se puede dar por desterrada la costumbre de comer pan blanco.

3º Comer de postre mucha fruta madura, lo más recién cogida posible.

4º No desayunarse con café ni té puro, sino con cacao ó una ligera infusión de té.

5º Dar á los niños al levantarse una taza de caldo de harina de avena bien cocida y mezclada con leche, cocida también, pues la leche sin cocer es difícil de digerir y de asimilarse con el alimento.

6º Reducir á lo estrictamente necesario toda bebida alcohólica, y mejorar más aún, suprimirla por completo si es posible.

7º Desnudarse por completo al acostarse, quitándose cuantas prendas se han llevado puestas durante el día, volverlas al revés y sacudirlas y colgarlas.

8º Quitarse al levantarse la ropa con que se ha dormido, volviéndola también al revés, y colgándola cerca de una ventana abierta.

9º Lavarse todos los días, si no es posible bañarse con agua fría ó templada, frotándose con un cepillo ó esponja y jabón ordinario.

10º No dejar de abrir la ventana del cuarto de dormir.

Así como el pan moreno ha sido recibido con favor increíble, la supresión de las bebidas alcohólicas y carne de puerco encuentran viva resistencia, porque contraría hábitos arraigados desde muy antiguo é intereses que saldrían perjudicados con la reforma.

ECONOMIA.

Es muy fácil, adquirir dinero, pero es muy difícil saberlo conservar. Si todos los jóvenes conservaran el sobrante de sus ganancias en vez de gastarlo torpemente, en pocos años tendrían la suficiente cantidad de dinero para emprender un negocio cualquiera por su propia cuenta.

Pero no sucede así: observad al joven que disfruta de magnífico salario! Cuán lastimosamente expende su dinero! Siempre escaso,—mucho más si tiene una familia á quien sostener,—mientras que en realidad debería tener su depósito en el banco y poder en poco tiempo

sacar ventajas de una buena oportunidad y entrar en algún buen negocio.

¡Jóvenes, no desechéis las oportunidades que se os presentan!

La única adulación disculpable es la que se prodiga á las mujeres virtuosas.

Jamás envidies á hombre alguno las riquezas; envidia su virtud.



Fig. 6.—Traje de calle.

duros, se separan las yemas y después de haberlas cortado en redondeles, se les aplica sobre la herida hasta que los huevos de amarillos se pongan negros. Se cambian los redondeles á medida que vayan ennegreciendo y se continúa ese tratamiento hasta que la llima del huevo no pierda su color natural.

Conseguido esto, el enfermo podrá estar seguro de que todo el veneno ha sido aspirado por las yemas; sintiéndose al mismo tiempo ya tranquilizado por el completo restablecimiento de la vista. La hinchazón como también la fiebre, habrán desaparecido.

No hay mordedura de serpiente—por venenosa que ésta sea—que resista á este tratamiento tan simple. El paciente puede llegar á encontrarse en estado casi mortal, perder el sentido y encontrarse casi ciego, según la especie de serpiente que lo haya mordido salvará siempre; bastarán tres horas para poner de pié al enfermo.

RECOLECCION Y CONSERVACION DE LAS GRANADAS.

Las granadas recolectadas temprano se arrugan y desmerecen en el mercado: lo mejor es dejarlas madurar completamente en el árbol; pero en esto puede haber inconveniente de que se abran á lo que son muy propensas. Para subsanar este accidente es necesario cubrir las con sus hojas ó por cualquier otro medio, al aproximarse á su completa madurez. Una vez recogidas, se les expone al sol durante dos días, y



Fig. 8.—Traje de viaje.

LAS MUJERES EN LA UNION

El bello sexo, ó mejor dicho el sér débil, porque no faltan en él feos y viejas, está apoderándose sensiblemente de los puestos que antes desempeñaban los representantes del sexo fuerte y barbudo en los Estados Unidos.

No es oportuno llamar la atención al hecho verídico de que en los telégrafos, en los correos, en la contabilidad de muchas casas de comercio y de hoteles, las señoras y señoritas han demostrado ser más útiles que los hombres. Se asegura que son más puntuales, más limpias en sus labores que los hombres y que.... no beben.

Al paso que andan las sociedades feministas no podemos tardar en ver á nuestro Gobierno extender nombramientos oficiales á favor de muchas señoritas. Los primeros terrenos que invadirán serán los de la correspondencia y los de la telegrafía, los teléfonos son poca cosa para ellas, pero como aprendizaje han dado resultados magníficos.

Es tanto más de temerse por algunos jóvenes que se consideran muy útiles, el poderío que van tomando sus compañeras en edad pero no en defectos que se acaba de palpar la realidad hace unos días en una función pública donde no se representaba comedia alguna, sino se cumplía con un deber voluntariamente aceptado.

Si en las tiendas y en otros establecimientos tuviéramos tan esmerado y amable servicio como el que hubo en todos los puestos de la kermesse, los dueños de esas casas importadoras menudeadoras se barían ricos en menos de tres años.

Pero tratamos de verdaderas profesiones. La Señora Harriet Hanson Robinson nos dice que existen en los estados Unidos, en la actualidad 162 colegios superiores, exclusivamente abiertos á las señoritas. La señora Maria Michel fué la primera mujer que ocupó un puesto como profesora; enseñó astronomía y matemáticas en Vassar el año 1866. Muchas mujeres se admiten hoy día como miembros de la Facultad, no sólo en colegios reservados á su sexo, sino donde concurren ambos.

A la par que se multiplican los hospitales para mujeres se multiplican también los colegios médicos. Existen siete sin contar numerosas escuelas de medicina para hombres, abiertas al sexo femenino.

Las mujeres médicas son casi todas de la escuela homeopática. Hasta última fecha las escuelas de medicina regulares ó oficiales no han permitido que las mujeres sigan sus cursos. Pero que resulten mujeres regulares ó irregulares, lo natural es que el éxito de las mujeres practicantes no puede ya ponerse en duda y sus colegas del sexo masculino no se atreven ya á juzgarlas desfavorablemente.

El censo de los Estados Unidos en 1890, da el número de las mujeres médicas en todos los países y suma 4555.

En cuanto á la literatura, es increíble cuántas mujeres escriben. Unas bien, otras mal, pero la mayoría merece elogios. Cornelia Waters, del *Boston Evening Transcript*, fué la primera mujer periodista de Boston. Hoy las mujeres editan y publican periódicos y hasta revistas, en todas partes de los Estados Unidos, y las columnas consagradas á la colaboración de las mujeres son el complemento acostumbrado de la publicidad de un gran número de periódicos de importancia.

Hace, dice la señora Robinson, que las mujeres han entrado realmente en lo que Thomas Carlyle llama el "Cuarto Estado," y han tomado resueltamente posesión de él con la profesión literaria, los viajes á las regiones inexploradas del pensamiento, así como otras en las regiones desconocidas, con el fin de satisfacer el apetito insaciable de los lectores.

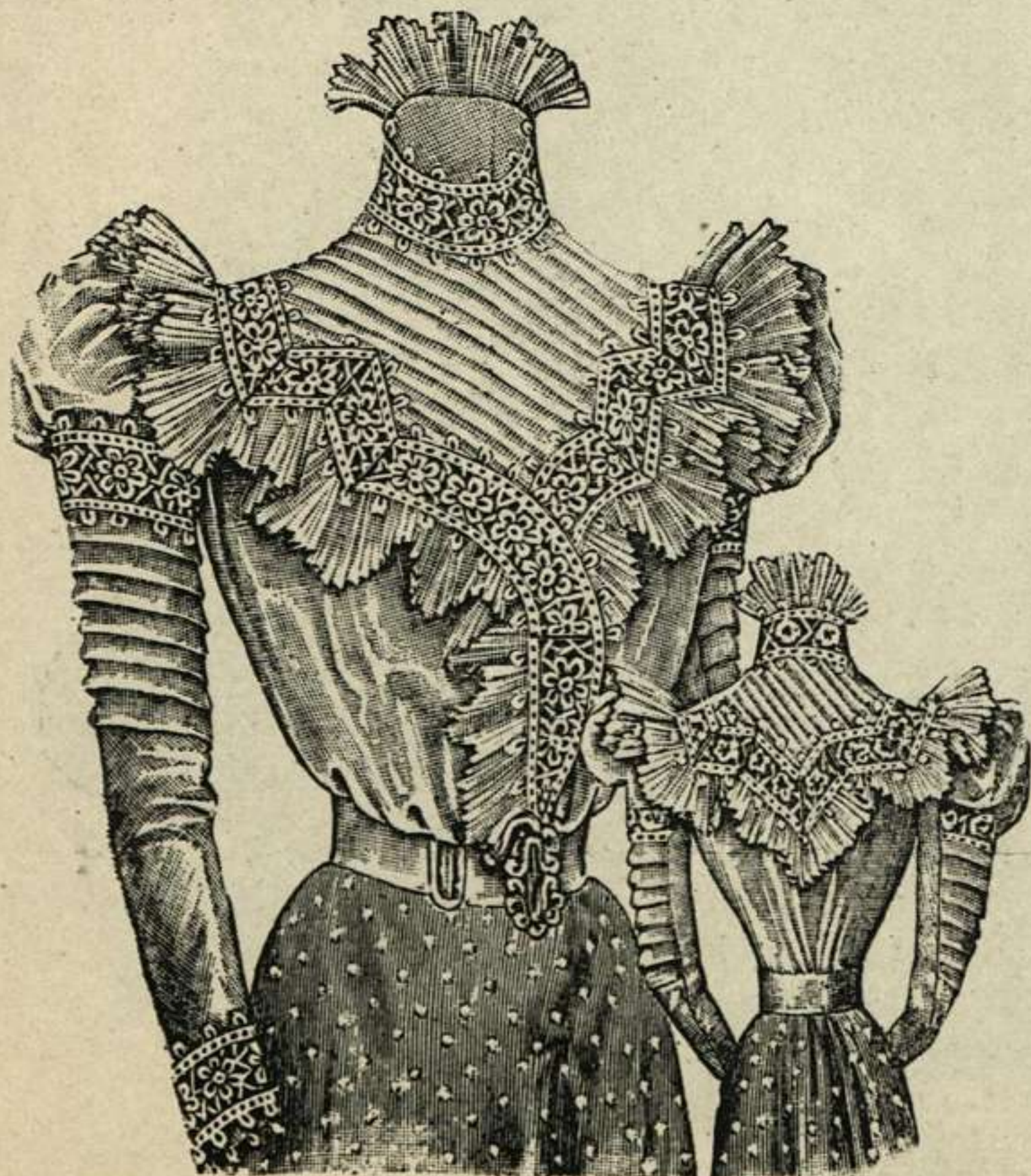


Fig. 12.—Elegante cuerpo. Delantero y espalda.



El censo de los Estados Unidos en 1890 nos da á conocer el número de mujeres autorizadas á labores literarias ó científicas. Son 2,725; de éstas, el periodismo posee 868. Las mujeres artistas que se dedican á la enseñanza de las artes, suman 40,845!!

NUESTROS GRABADOS

FIG. 1.—MODELO PARISIENSE DE RECEPCIÓN.

Es de crepé azul de china con una gran lona bordada en la parte inferior del frente de la falda, y tres cintas paralelas de galoncillo seda ornando la bata y el cuerpo. Un elegante boa de tul blanco de gran fantasía completa el adorno.

FIG. 2.—TRAJE DE CALLE.

Es de paño beige ó diagonal, con el modelo especial de un fichú de muselina de seda orlado de volantes de tul, que sirven también de adorno á la falda.

FIG. 3.—TRAJE SASTRE PARA OTOÑO

Es de paño de invierno, formando un smoking muy justo, un falso chaleco de cuello fantasía, redondo y falda plena, adornado todo en varias formas, de galón de seda.

FIG. 4.—TRAJE DE CASA.

De sarga de seda con un yoke alternado de cintas de raso y un gran plastrón bordado de elegantísimo modelo.

FIG. 5.—TRAJE DE CASA.

De escocés muy fino con una gran estoca bordada de galoncillo de seda y una drapería de Saffetas, medio oculta por un gran yoke bordado de galoncillo también jockeys sencillos de muy buen gusto.

FIGS. 6 y 7.—TRAJE DE DAMA DE HONOR DE UNA NOVIA. TRAJE DE NOVIA

Damos bajo estos números dos modelos de trajes de los que ahora son de más actualidad y gusto para los matrimonios: Uno de desposada de último modelo, de satén ligeramente crema y cauda drapeada y otro de sarga de seda azul acero con cuerpo drapeado de muselina de seda y una gran falda ornada de un *devant* de volantes y galoncillo de seda.

FIG. 8.—TRAJE DE VIAJE

Estilo sastrero, de una encantadora originalidad. Casaca fantasía orlada de guita de seda y abierta sobre camisa de muselina azul pálido, yockeys de una elegantísima forma, figurando el cuello.

FIGS. 9, 10 y 11.—TRES ELEGANTES MODELOS DE CALLE.

El primero de seda azul con una gran drapería de guipure, el segundo de popeline de seda con volantes entredosos de satén y plastrón plissé de lo mismo, mostrando un cuerpo coselete de muy buen gusto, el tercero estilo sastrero, de casa con fantasía, abierto sobre una camisa de muselina y ornada de gran corbata avolantada de blonda vieja de Alençon.

FIG. 12.—CUERPO ELEGANTE, DELANTERO Y ESPALDA

Es de muselina blanca con un yoke de entredos y volante carrujado y un plastrón diagonal plissé.

Fig. 9, 10 y 11.—Tres modelos de calle.

Después de tres años no se pierde todo lo pagado.

Guanajuato Septiembre 13 de 1898.

Sr. D. J. Adrián Palomo, Director General de la "MEXICANA."

Compañía Anónima Nacional de Seguros sobre la Vida. MÉXICO

MUY SEÑOR MIO:

Teniendo en mi poder la póliza saldada núm. 47 de que era poseedor mi finado esposo el Sr. D. Leobardo Mendoza, se presentó en ésta el Agente de la Compañía Sr. D. Juan N. Campos y manifestándome mi ignorancia para hacer la reclamación correspondiente como heredera legítima, dicho Sr. Campos, con toda actividad é inteligencia procedió al arreglo de los documentos necesarios, evitándome toda clase de molestias.

Hoy, con autorización del Notario Público Sr. D. Ignacio R. Hernández y por conducto del estimable Sr. D. Francisco de P. Castañeda, Banquero de la Compañía, he recibido á mi completa satisfacción, la cantidad de \$117 45 (ciento diez y siete pesos cuarenta y cinco centavos,) importe total de la citada Póliza saldada.

Si lo juzga usted conveniente, dé publicidad á la presente, pues creo será de alguna utilidad para los asegurados en esa honorable Compañía, ver confirmado que en el desgraciado caso de no poder sostener sus Pólizas más de tres años como le sucedió á mi querido esposo, ya á esa fecha pueden obtener una saldada y lograr aunque sea un pequeño ahorro en bien de sus familias.

Doy á usted las debidas gracias por la violencia con que ordenó el pago referido, y me ofrezco su muy atenta y afectísima S. S.

Firmada.—Rafaela Pedraza V. de Mendoza.